LA JOFAINA MARAVILLOSA

AGENDA CERVANTINA

ALBERTO GERCHUNOFF



M. Gleizer - Editor - 1927

LA JOFAINA MARAVILLOSA

EDICIONES M. GLEIZER

DEL MISMO AUTOR

La Asamblea de la Bohardilla
La Jofaina maravillosa
El hombre que habló en la Sorbona
Historias y proezas de amor
Pequeñas prosas

EN OTRAS EDICIONES

Los gauchos judíos
Cuentos de ayer
El nuevo régimen
El cristianismo precristiano

ALBERTO GERCHUNOFF

LA JOFAINA MARAVILLOSA

AGENDA CERVANTINA

TERCERA EDICION



M. GLEIZER - EDITOR
TRIUNVIRATO 537
BUENOS AIRES
1 9 2 7

DE LO QUE ESTAS PAGINAS TRATAN

QUE puede hacer un hombre como yo, apartado de las cosas que dan beneficio y entregado a las que están envueltas en palabras y sirven únicamente para poner un poco de miel en el corazón o de guía para internarse en el bosque en que aparece la deidad de la varita maravillosa? No esperes, lector ilustre o plebeyo, que te inicie en los secretos que dan la multiplicación de la onza de oro, pues en tales misterios es maestro mejor el que te nutre y te viste. Lo que yo me propongo es llevarte al país quimérico por donde andan los paladines cubriendo el espacio con sus fieros desafíos y la princesa de noble prestancia oye las trovas de los troveros, mientras espera al que ha de doblar ante ella la rodilla y ofrecerle el reino conquistado en recia lid. Es el reino del esplendor y tiene para ti la ventaja del acceso fácil. No es menester que para hallarlo te dispongas a largos via-

jes, ni que levantes, siquiera, los pies del suelo que pisas. Es el reino más grande del mundo — yo mismo lo he medido, — y aunque el mundo cabe en él, ese reino cabe en tu habitación. No temas ese viaje ni creas que al ausentarte vendrán malhechores a llevarse tus caudales. Al contrario. Apenas regreses, verás que las riquezas, que tanta fatiga te costaron y nunca te dieron alegría en la soledad, se han vuelto del alto de las montañas. Advertirás que todo es nuevo en tu rededor, como si fuera creado ahora. Y no dejarás de reconocer que se ha operado un vasto y dulce milagro: lo que está a tu lado ya no es más lo de cada día. Tu casa se ha trocado en palacio y la mujer que parecía desabrida y común te sonríe como la dama divina que surge en los sueños, revestida de albos colores, y cuya gracia basta para encantar la vida entera. Es el milagro de la poesía, que otorga tesoros a los que saben amontonarlos al conjuro de las bellas voces que pueblan esa región, limitada por la silla en que te sientas y la última sombra de la nube que rodea la luna. Y bien: vengo a hablarte de esos prodigios. Pongo en tus manos un libro en el cual sub-

sista, quizá, mortecino y suave, el aroma de los libros que compuso el grave y avellanado hidalgo. Tal vez al recorrer estas páginas tímidas, quieras conocer las historias del caballero triste, de sus tristes amores y de sus bravos hechos. Entonces tocarás la felicidad. Sólo te pido que no olvides que soy el mediador de tu buena fortuna. No demando mucha merced. Será premio suficiente para mí un sitio en tu memoria, junto al hueco en que se alberga alguna imagen amable.

NUESTRO SEÑOR DON QUIJOTE

HABLAR de Cervantes, disertar sobre el "Quijote", es tarea que vence a fuerzas más sólidas que las mías. Todo lo que a hombre y obra se refiere, no ofrece rasgos obscuros. Cervantes y su vida, el "Quijote" y sus pliegues menores son tema secular, ya que eterno el asunto, y, sabios de naturaleza diversa, eruditos de amplio saber, escritores de ingenio agudo, trataron de esto, exponiendo doctrinas de buena razón, con lujo de buen estilo. En efecto, la epopeya cervantina ha determinado una vasta literatura. Desde las loas que exornaron la aparición de la historia maravillosa, hasta nuestros días adustos y secos, ensanchóse el estudio de aquélla al extremo de constituir un

(Conferencia leida el 23 de Abril de 1913

género. Si el bachiller Avellaneda, truhán locuaz, salido de algún episodio de pícaros, derivó en senda torcida el camino del glorioso hidalgo, corazones de firme latir y cabezas habituadas a lo hondo, dijeron en bella forma, lo sentido y pensado, sobre el héroe impar y sobre sus aventuras sublimes. Revolucionario para los rebeldes y académico para los académicos, Cervantes ha solicitado del mismo modo lo ingenua admiración de Clemencin y la oda entusiasta de los innovadores: Núñez de Arce y Darío, han consagrado en el mismo altar, por más que sus oraciones difieran, el dogma de la religión quijotil.

Tal labor, sin embargo, me atemoriza. Soy de los que rezan en este viejo templo. Pero sé con los creyentes honrados, que los supremos nombres no deben pronunciarse sin cabal necesidad y claro raciocinio. "Sólo pronunciarás, dice una sentencia talmúdica, el nombre de Dios, cuando te sientas penetrado de un gran dolor o de una gran alegría". Debo advertiros, pues, que no es mía la culpa, si esta noche hablo subsetituyendo a los que pueden hacerlo mejor, más doctos en letras y más auto-

rizados para opinar en tan grave cuestión. No esperéis, por lo tanto, ni pensamiento nuevo, ni hermosas imágenes.

*
* *

DESDE muy temprana edad vengo leyendo el "Quijote". Empecé su lectura siendo niño aún. Trabajaba entonces en una fábrica y comprendí por primera vez, que la justicia del mundo, a juzgar por los golpes que recibía y lo duro de mi pan cotidiano, ganado en tal forma, no era un dechado y en mi sentir infantil, soñaba con improbables redenciones. Fué en aquella época cuando conocí, por un asturiano enjuto y parlero, el libro de los libros. Raídas las tapas, grasientas las páginas, borradas las estampas, tenía todas las noches delante de mis ojos ávidos al caballero de la Triste Figura, cabalgando en el flaco rocín por tierras de la Mancha. Ciertamente, yo no penetraba bien el sentido de aquel idioma, tan distinto al que oía en la fábrica. Ello no obstante, alcanzaba, si no lo sutil, lo esencial de la obra y así, mientras se llenaba de lúgubre silencio la habitación humilde, se-

guía el itinerario del gran vengador de agravios. Sus altas palabras resonaban en mi alma como voces de amparo; sus gritos irritados parecíanme actos de humano redentor, y os confieso, que creía destinada la punta de su lanza ilustre a revolver el universo, a su fuerte brazo y a su bravo ademán, destinados a asegurar el reino definitivo de lo justo.

No atribuía trascendencia a la antítesis de las figuras, ni sabía del paralelo entre el ensueño augusto y la chata razón. Antojábaseme Sancho, a quien amo, escudero prevenido, ameno por sus decires, de corazón benigno como pan candeal. Y cuando llegué al pasaje en que el valeroso caballero salvaba al niño aullante tras un árbol, bajo el látigo de su amo feroz, lleneme de gratitud sin fin hacia su alma resplandeciente, enloquecida de misericordia y desequilibrada por la misma virtud que la hacía heroica. Os juro que habría agradecido mejor que aquel chicuelo, si Don Quijote hubiese aparecido, con su espada fiel y con su recia lanza, en la fábrica donde yo trabajaba...

Mis conocimientos eran sumarios y

todas mis ideas nacían de esa historia: en mis ocios de pequeño proletario, que ya sabía de angustias, soñábame igual al guerrero de magro perfil.

Si justiciero, ambicionaba gigantes para vencerlos en descomunal batalla; si enamorado, sólo su cortesía enfática y sonora era digna para modular el romance en homenaje de la incierta novia. De esta manera apareció y se difundió en mi espíritu la vida del milagroso varón. El presidía mis colaciones de obrero, mis esparcimientos módicos, mi entrecortado reposo. Por él amé con grande amor los libros y la justicia y su ejemplo me inició en la religión de lo ideal, pues, debéis saberlo, Don Quijote ejerce en el mundo un gobierno real de almas.

Más tarde, en los días escolares, el libro ingenioso no se separaba de mis arduos textos. Ya no era aquel volumen raído y grasiento, sino un tomo diminuto, de caracteres confusos, fácil para disimularlo en la manga o en el bolsillo, si el profesor advertía mi distracción junto al pupitre, rayado de inscripciones traviesas. Tenía ya la aversión latina o lo práctico. Poco me sedu-

cían las clases, y las peroraciones magistrales, relacionadas con puntos de geografía o de aritmética, no lograban despertar mi atención, exaltada por la fantasía quijotesca. Sobre el sitial de su cátedra, el maestro dilucidaba temas de números y logaritmos complejos. Afuera, sobre el muro del patio lóbrego, repicaba largamente la lluvia inverniza y a través de los cristales rajados veíase el cielo tenebroso; el aula, llena de ruido, tenía la tristeza de los claustros añejos que sugieren melancolías de clausura. Los alumnos seguían el discurso pesado del dómine, que abría ante sus entendimientos rudimentarios la clave de la ciencia útil. En tanto, ante mi alma se abría el misterio de la caballería extinguida y me hundía en el gusto de lo extravagante, es decir, de lo bello y de lo heroico, con el afán del hombre que después de indeciso vagar, da con el camino de sus designios. Esfumábase el cuadro escolar como en borrosa niebla y lo que alrededor mío decíase, parecíame tan indiferente como el viento y la lluvia. Veía tan sólo a Don Quijote y a Sancho, aquél sobre su enteco jamelgo, con la mirada hacia

el cielo azul y éste sobre su asno resignado, avizora la pupila inquieta, hurgando al pasar, la vecindad de un escondrijo, apto para fortificarse en propicia merienda — ya que no "olla con más vaca que carnero, salpicón las más noches, duelos y quebrantos los sábados, lentejas los viernes y algún palomino de añadidura los domingos" — con una lonja de rancio tocino y un mordisco de queso aldeano, sabroso, a fe mía, si lo humedece el áspero mosto de las viñas caseras.

Fué cuando interpreté en su doble valor las vidas de la epopeya. Tenía mi volumen una lámina en la cubierta que expresaba el sentido oculto que le ha dado su exacto evangelista. Extendíase árida y torva la llanura manchega. En el fondo del agrio paisaje, silenciosos molinos elevaban la rueda de sus aspas y sobre el camino quieto y polvoroso, oliendo a sudor de antiguos ejércitos y a gloria de remotas proezas, Don Quijote erguíase en el lomo de Rocinante, atravesada la lanza, alta la fiera cabeza, hacia arriba la frente que sombreaba el yelmo empenachado de rayos, y junto con él resoplaba hacia

adelante el caballo genial, ebrio de firmamento como su jinete. Más lejos, Sancho montaba el rucio, combas las piernas, tocando el borrén su vientre flácido; y el rucio, gachas las hiperbólicas orejas, bajaba el morro en busca de hierba para masticar, como Sancho la hogaza costruda...

Así se me ofreció la diferencia fundamental de los tipos. Ya no alternaba la emoción de lo grandioso con lo cómico. Ni el bálsamo de Fierabrás me hacía reir ni se me ocurría divertido trance el combate con los pellejos de la venta. A medida que lo iba releyendo cambiábase su aspecto y lo que en mí se abrumaba en edad reflexiva, en el libro divino se agravaba en noble tristeza. Porque las obras maestras tienen tal cualidad: crecen con los individuos, con ellos se transforman, reflejándolos y reflejándose en ellos, como espejos recíprocos en cuyas lunas tersas se reproduce la comedia dolorosa de nuestra existencia.

Lo que antes se me antojaba burlesco, se me presentaba trágico: el vengador de injusticias, el redentor de desdichas deslumbró mi mente como un

héroe formidable que escogiera por liza un tablado de feria y por cátedra de su prédica una trastienda de barbero. Mas hoy veo el drama de otro modo. Ni tablado de feria ni trastienda de barbero rural, sino el escenario del mundo, el mundo imperecedero y eterno, invariable, inmóvil como una masa cristalizada. Don Quijote lo recorre, al recorrer las extensiones desoladas de la Mancha, y sus aventuras prodigiosas son aventuras de ideal, es decir, explosiones de bizarra vesanía contra el nivel del mediocre que agita sus títulos importantes, su bolsa de monedas, su vacuidad solemne: así, verbigracia, cuando alguien se levanta y lanza un grito contra lo inicuo, proclama la justicia o requiere al malsín poliforme, que es falange en campo y ciudad, la recua de los normales, la jauría mesurada de los sesudos y de los prudentes, revienta en carcajadas de desdén; lo reconocerán sin tardanza, diciendo en el periódico o en la tribuna: ¡Bah! Es Don Quijote que pelea contra los molinos...

Pero Don Quijote se les ha metido en el corazón. Sin quererlo, le han otorgado su afecto. Es que los débiles y los tí-

midos obstaculizan con sus palmas viscosas el triunfo del héroe sin dejar de admirarlo; su virtud les enoja porque no consiguen medirse con ella; su misma locura les fascina, más al negar a los Quijotes pan para su estómago y avena para sus rocines, proceden de acuerdo con una política instintivamente conservadora. ¿Qué sería de sus enclenques vidas si dominaran esos desatados soñadores? Medran en lo pequeño y temen sus lanzas, que son varas de terrible justicia. Y por eso, al negarles todo, cuando se alejan en la distancia del horizonte, ajenos al espanto de su presencia omnímoda, quédanse evocando su figura, ciertos ya de su alejamiento. Y si el libro de Cervantes se ha convertido en universal, es porque encierra algo más que el dibujo irónico de un protagonista sin suerte, befado por satisfechos y reído por pedantes. Es el símbolo de nuestros anhelos y al saludar en su aparición la anacrónica vuelta del caballero andante, sentimos junto a nuestras almas entristecidas, al protector de lo que en sus honduras recónditas brega por salir a la luz del sol. Al peregrinar por la Mancha, retando en

estruendosos desafíos a los mercaderes, imponiéndoles acatamiento a su dama como reina sin par de hermosuras, sabemos que redime nuestros propios amores y nos incita a morir por ellos y a estrellar nuestro destino por una ilusión. Nos alecciona así a vivir heroicamente y despierta en lo grosero y en lo íntimo los ímpetus grandes, los absurdos admirables, gracias a los cuales pueden andar por las calles y mirar con desprecio genial, los que tienen el espíritu a ras del suelo. Porque esos absurdos, esas quimeras, esas fábulas de enajenados, son en lo mediato causa de lo práctico, pues los medianos disfrutan de tanta ventaja, debido a que los desmesurados de alma les aseguraron fronteras y ley con su razón superior y con su brazo invencible. De manera que no es caricaturesca la figura de Don Quijote, sino la de Sancho, en la cual se sintetiza a la prudencia astuta, a la mediocracia subalterna, a la previsión de rastrero nivel, adobada de sentenciosa lógica de universidad o amasada con máximas de sentido común, que hace a Franklin odiar al águila porque es un

ave inútil y a Bismark odiar las violetas...

*

* *

DON Quijote nunca sale de los límites de una gravedad austera. Gran señor siempre, el hidalgo sella con su nobleza actos y palabras. Su locura consiste tan sólo en el medio elegido para practicar sus sentimientos: así como su cristianismo escueto y rígido no reconoce a la Santa Hermandad, su justicia no admite la magistratura de rábulas y covachuelistas. En ese paladín desaforado, que habla un idioma pretérito y viste una armadura arcáica, hay un rey de los tiempos patriarcales que vaga por aldeas y burgos de España administrando derecho y consolando a afligidos. Rodead a un príncipe auténtico de gente soez que paga cortesías sutiles con denuestos y obras de gracia fina y de esforzado valor con injurias y golpes, y tendréis reproducida la situación de Don Quijote. Su desventura finca en la equivocación del tiempo. Héroe cuando el heroísmo ya no es una virtud por ha-

berse convertido en una simple profesión de soldados, se ha sobrevivido sin comprenderlo. Imaginad a los señores de la corte de la Bella Durmiente del Bosque. En el castillo circuido de espesa fronda y de inaccesibles montañas, pasaron cien años bajo el sueño como bajo una lápida. Durmiéronse al sobrevenir el encanto del hada maligna, con sus trajes brillantes, sus corvas espadas, sus sueltas trenzas. De pronto — y un siglo había pasado—, desaparecieron los árboles del parque mágico y la hija del rey y sus cortesanos se hallaron en un mundo nuevo y desconocido. Nadie les reconocía y su lenguaje antiguo y sus desusadas maneras, sólo provocaban las sonrisas de los transeuntes. Es el fenómeno moral de Don Quijote. Sueños seculares ponen arrugas en su angulosa faz; sueños de edades desvanecidas llenan sus ojos, sin noción de la tierra que pisan; deseos ancestrales pueblan de arrogante generosidad su corazón profundo. ¿Es locura la suya? No; es incomprensión de los que lo ven y rodean. No se expresa en un idioma fenecido ni adopta modos anticuados. Caballero andante, posee el idioma y los

hábitos de los caballeros. Gil Blas, el hombre corriente y usual, compra el amor con favores o con escudos; Don Quijote lo conquista; Gil Blas gana al juez con argucias de leguleyo; Don Quijote lo vence.

Y más aún: Don Quijote no ignora su condición excepcional en la sociedad. Conoce su mal, pero no lo cura porque sabe que es bello. Así, cuando el duque le interroga si Dulcinea es una mujer imaginaria, contesta con estas tristes y altas razones: "Sobre esto hay mucho que decir. Dios sabe si existe o no en el mundo una Dulcinea y si es o no fantástica. Esas son cosas que conviene no examinar muy a fondo. No engendré ni dí a luz a mi dama, pero, la veo y la contemplo con mi espíritu, tal y como debe ser una dama para reunir en ella las virtudes que la hagan famosa entre todas". He aquí, pues, su verdadera psicología. Es un sonámbulo que no ignora su sonambulismo grandioso. Yo aplicaría al caso cierta hipótesis. Hay una memoria orgánica. En la sucesión de los seres, las células heredan el recuerdo de la hora en que se agruparon en un cuerpo dado y repiten los instin-

tos que lo animaron y la voluntad que lo gobernó. En este ser extraordinario, que aparece asombrando, como si encontráramos en una sala a un hidalgo salido de un lienzo, con sus chorreras y su casaca, advertimos la reencarnación trágica del paladín.

Es Amadis de Gaula, desprendido de la fábula, despojado del follaje retórico que lo envuelve y cobra realidad viviendo aquellos episodios de bravura y galantería. Sabe que sueña, pero, sabe también que sus sueños son la constelación de su alma magnífica. Conoce que Sancho está en lo cierto, pero prefiere no romper su visión encantada y proclamar, después de lanzarse sobre los molinos o los carneros, la belleza de su ademán y el heroísmo de su gesto. ¿Conseguiremos, acaso, persuadir en nuestros días modernos, al apóstol o al vidente, de que su acto es inútil?

El apóstol seguirá, íntegro y triste, combatiendo por el ideal ante la crítica mordaz de los prudentes. Es que, caballeros andantes de toda insigne aventura, saben que son los locos ultrajados de hoy y les alienta, como al hidalgo

manchego, la esperanza de que venideros siglos harán justicia a su denodada tarea de héroes. Así lo vemos impávido en la desgracia, sombríamente resuelto, deslumbrante y altivo. El mundo se le ofrece a través de la celada de cartón que cubre su rostro y lo comprende a través de su cerebro, cuyo desequilibrio no es sino la aptitud para concebir lo singular.

En aquella época en que la política se había trocado en burocracia y el misticismo violento, la santidad arrebatada en formulismo dogmático y en procedimiento inquisitorial; en aquella época en que la fraseología reemplazaba ya a la acción creadora, la postura deforme al valor real, Don Quijote, con su herrumbrada armadura y con su jofaina por yelmo, expresaba la libertad y la justicia individuales, dueño absoluto de su brazo y de su pensamiento, sin más ley que sus armas y sin más código que su voluntad.

Y la impresión penosa al leer el libro proviene de que otorgamos no sólo nuestra simpatía al héroe sin suerte, sino porque le damos razón. Si su espada

se levanta, si su palabra se irrita, es siempre obedeciendo a una ley de honda equidad. Es que, no bien abandona los molinos embestidos, no bien se aparta de los pellejos de vino, se torna el más agradable y más discreto de los hombres. Si diserta sobre letras, hallaremos en su discurso a un docto maestro en humanidades. Los más ilustres sabios envidiarían la sutileza de su florido lenguaje y la solidez de su sabiduría. Entonces, el loco parece el más sereno de los filósofos que razona sobre el gobierno de las sociedades y la vida de las gentes. Sus conversaciones, eruditas, graves y nobles, respiran un optimismo fortificante — pues glorifica invariablemente las altas empresas—, y su estilo, aun en el continuo intercambio con Sancho, no se despoja de la galantería elevada y de la elegancia decorosa. Si recuerda un peligro eminente sus frases son odas de denuedo; si rememora a Dulcinea, sus palabras cobran la música de un madrigal. ¿Qué son las estrofas gemebundas del clásico Herrera al lado de las evocaciones solemnes y pomposas con que Don Quijote perpetúa, so-

bre la llanura gris, la imagen de la dama de sus sueños?

No es, como supónese al leerlo por primera vez, una comedia infinita. Don Quijote es una inmensa tragedia: héroe, su heroísmo se abate sobre el ridículo; vengador de agravios, lo burlan los beneficiados por su sacrificio; huésped que saluda con énfasis digno de un emir oriental, obtiene por réplica risas de lacayos. Trapisondas de dueñas amargan su hospedaje en la estancia ducal; zancadillas de arrieros turban su marcha; silogismos de barbero y consejos de cura cebado en dádivas de jamón y en mujeronas de aldea, enturbian su lógica original. Es lo sublime que lo ridículo desmenuza. ¿Concebís a Góngora exponiendo su estética ante una asamblea de académicos? ¿Concebís a Fernando Lasalle discutiendo con los miembros de la Bolsa de comercio de Berlín?

*

* *

OS he dicho que amaba a Sancho. Sancho interpreta dos tipos distintos. Es el símbolo de lo mediocre y de

lo común, como Don Quijote es el símbolo de lo desmesurado, de lo genial sin cercos. El buen sentido triunfante sale de su boca ruda y carnosa, husmeadora de cocinas. Es lo práctico encarnado en viviente figura. Sus ojos no le engañan: nunca tomará a molinos por gigantes, a maritornes por princesas, a venteros por castellanos.

La lógica media, sometida a reglas de cálculo, forma su guía. Es el que tiene la razón inmediata, es el servidor rústico de la verdad insignificante. Constituye una clase social, difundida como el aire, imperante y perpetua. Su ley es lo consagrado, su norma es el uso. Es el que se mueve por precedentes, el que aceptará siempre algo a condición de que alguien lo haya aceptado antes. Es el Sancho que pulula en las ciudades, prócer de las medianías, ufano y orondo. Pero no lo confundamos con el escudero de Don Quijote, que tenía sentido común, pero al saberlo limitado a su predio y a sus cabras, dejábase llevar por el señor de las aventuras. No abominaba del idioma de su amo por no comprenderlo; no desechaba su filoso-

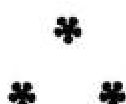
fía por no penetrarla. Al contrario; como los cabreros de aquella noche diáfana, oye las peroraciones del caballero y se deja deslumbrar. Poco a poco el ensueño de aquel gran ensoñador le va acariciando el alma y saturando — ¡oh milagro del genio! — de anhelos de gloria su elemental cabeza. El escudero, fatigado de prevenir a su señor contra yerros absurdos, acaba por trocarse en creyente de lo absurdo. A fuerza de reirse del gigante Caraculiambro, de Melindrania y de Pentapolín, termina por gobernar una ínsula fantástica; tal es el contagio que sobre su espíritu ejerce el varón de lanza y adarga. Largos ayunos le afinan con la templanza y las largas penurias lo adiestran en el sentir, pues sólo el sufrimiento es escuela de corazones. Así, el fantasma de la gloria se sienta sobre su asno y pone una aureola sobre su frente rugosa y áspera de greñas. Es dócil y fiel: desarraigadlo de los adagios, limpiadlo de la chocarrería exterior y será, a menudo, un hermano de armas y ambiciones del supremo paladín. Y éste se siente invadido de una dulce ternura hacia ese resignado escu-

dero y lo designa con afecto paternal: Sancho bueno, Sancho cristiano, Sancho amigo, le dice en las correrías heroicas, en las desventuras enormes. Se opera un cambio en el jinete del asno, y al verlo así, pensamos en la suave moraleja del Rabí Sem Tob de Carrión:

> Cuando es seca la rosa
> Que ya su sasón sale,
> Queda el agua olorosa,
> Rosada, que más vale...

Y este es un aspecto de Sancho, Sancho imagen del pueblo, que sigue a los directores hinchados y huecos, pero que cede al genio y se doblega ante él. Su razón desconfía de la razón extravagan te, pero la acata; se ríe, pero le obedece, se adhiere a su destino, sufre con su padecimiento. Son los otros Sanchos, aquellos para quienes hombres superiores son pupilos de manicomio, para quienes actos descomunales son peligros para su bienestar; son estos Sanchos los que hunden y deprimen el caudal quijotil de cada pecho ilustre y de cada mente de propia ley. Y es éste el

Sancho satirizado y zaherido por Cervantes. Ha expresado en los dos tipos antitéticos, no como suele creerse, el afán de concluir con una degeneración literaria, resumida en los libros de caballerías, sino un momento histórico de España, reflejando en Don Quijote sus virtudes ancestrales, su aptitud de creación, su anhelo de justicia, el pasado, en suma, y en el criado al deleznable y efímero montón de aprovechados y hábiles, que hallaron en Gil Blas el dechado que los ennoblecía con el traje hurtado al amo, para entregarse a bizcos menesteres.



NO podría ser de otra manera. Cervantes es, sobre todo, un escritor realista. Crea símbolos, pero les da por fundamento solidez terrestre. Son Anteos que despliegan su vuelo, como el mitológico, al afirmarse en la corteza de la realidad. Y pocos escritores podían, como Cervantes, transparentar en forma verídica la síntesis de la época. Había asistido al desarrollo del reinado más atormentado y más profundo. En la política de Felipe II, confluyen dos tendencias opuestas: es un reinado que se divide en dos partes. La primera es herencia del cesáreo emperador; es conquista, es obra de parición sangrienta y fecunda; Carlos V ve el universo por escenario y aspira a someterlo dentro de un concepto positivo de fuerte dominio; Felipe se acoquina en la meditación, y, a fuerza de participar de lo religioso como de lo militar, engendra con su prudencia sombría generaciones híbridas. En aquella época tan castiza, el españolismo deja de serlo en sus líneas

fundamentales. Después del plan realizado de don Juan de Austria, viene el desastre da la Armada Invencible. Y es porque la hazaña de Lepanto, que sería tal vez menos memorable si en ella no hubiese perdido un brazo don Miguel de Cervantes, aquella hazaña es consecuencia de la etapa cesárea y pertenece a la primera del gobierno de Felipe: actuaba la raza en su auténtico vigor y los jugos primarios de su heroísmo y de su austeridad no se habían desgastado con el oro de América y con la fullería de las órdenes religiosas, convertidas en factotum de la política. Bajo Cervantes, se produce la transición de un período a otro: son dos momentos históricos, cuya solución de continuidad es el vacío, la incertidumbre degenerada en parodia, el ideal disminuído en afectación, la gloria desteñida en estruendo, la acción en postura. Felipe II recubre lo militar de su espíritu con lo monjil, y lo religioso tiene mengua en lo marcial. En el fondo, es lo incierto vaciado en lóbrega tenacidad, que se vierte en una enmarañada red de burocracia: el cuartel se parece al monasterio, el claustro

se deriva en covachuela y el viejo misticismo, entroncado en la médula misma de la raza, se tiñe de hipocresía casuista: San Juan de la Cruz, el visionario angélico, cede su puesto a los iguales del cardenal Acquaviva: la corte es una escribanía inmensa, en que el pensamiento se disimula en padrenuestros, y no pudiendo realizarse el propósito del reinado, éste se concreta en las piedras macizas del Escorial. En tanto, como pasa en todas las horas de transición social, el fenómeno de disgregación que implícitamente supone, determina la antítesis: los viejos, los castizos, se encuentran como extranjeros en el ambiente nuevo: su voz suena extraña en el concierto unánime, y, mientras el venerable don Alvaro de Bazán se retira buscando paz a la serena melancolía de su ancianidad gloriosa, un petimetre complaciente lo reemplaza. Lo advenedizo sustituye a las prosapias del valor y de la fama, bajo la lluvia de incienso y al son de las fanfarrias que acompasan a los autos de fe en los quemaderos, desprovistos de su antiguo sentido de caridad cruel y trágica y avenidos a

la semejanza de un esparcimiento mundano. Feria de lo nimio, el oro puro se relaja en oropel y la honra primitiva en decoración teatral, que hace exclamar a Cervantes, en el verso del soneto memorable, con amargura cómica:

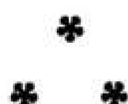
¡Vive Dios, que me espanta esa grandeza!

Es que todo lo había sufrido en carne propia. Guerrero de Lepanto, nadie se acuerda de su cautividad. Cuando del calabozo de Argel viene su carta en conmovedores tercetos a implorar la misericordia de Felipe II, por medio de Antonio Pérez, el secretario célebre, sólo consigue que la gimiente elegía provoque en el rostro del monarca una sonrisa enigmática. Allá, si el cielo y el rey moro lo consienten, volverá a la tierra materna. Su figura escuálida se pasea entonces sin hogar y sin refugio cierto. Hoy le fiarán, con fidedigna fianza, paño popular para capa y mañana yacerá en prisiones, porque los vecinos de las villas pequeñas no quieren pagar las alcabalas: palos de insurgentes y cárcel después, esa es su vida de vagabundo inadaptable, que todo lo ensaya en la

descompuesta atmósfera, y nada le resulta: conoce por un instante la quietud del hogar y vive bajo el techo conyugal de Esquivias, horas largamente pacíficas, hasta que el deudo sacerdote, infaltable en las familias rurales de rango, que mezcla a los latines de la misa letras de usura y arriendos de ginovés, no le arma discordia por informal. Y el sueño de la felicidad entrevista, se corta otra vez. Poco hace al caso si el amor furtivo le consuela. Hárgana de inagotables penurias, se bebe a sí mismo, como un río que se seca. ¿Adónde irá, sin su cruz? En vano platicará ante letrados, poetas y señores, en frecuente tertulia, en el negocio de don Francisco Robles, librero del rey, sobre don Juan de Austria y el duque de Sesa; en vano mostrará su manquez donairosa a los grandes de la corte; inútil es que presuma y que aspire: otros llévanse el provecho y la alabanza y mucho será si un Argensola o un rapsoda de Herrera, le dispense el trato por ser lego y poco notorio para los correveidiles de palacio. En días tan confusos, no es raro que el héroe no dé siquiera con su pa-

ga de soldado y mientras un Medina Sidonia, cuya mujer impera bajo la púdica toca, logra montes y maravillas, justo es que el alcabalero Cervantes pruebe su fuerza invencionera en la prisión, aguzándose en contrapuntos con el enjundioso andaluz Mateo Alemán. Pero sangre quijotesca circula por sus venas. Nada le arredra, nada le destruye; sufre y sonríe, padece y espera. Filósofo triste, sabe de la vida y oculta su desazón en jovialidades de estudiante, y si el cautiverio no excluía en su ánimo la gracia infinita, la desdicha en el patrio suelo no agota su esperanza, que es apacible desgano. Helo ahí, pues, pleiteando el paño prestado de su capa o la cuchillada del duelo anónimo en que el destino le pusiera por testigo. Ni el yerno que le reclama con tenazas la dote imposible, ni el cura de Esquivias, ni los grillos, ni el desdén harán de su sonrisa hidalga injuria de gañán ni de su serenidad de catedrático salmantino, ira de capitán mercenario. Sabe que lleva en sí el secreto del porvenir y es el juez implacable y benigno a la vez de aquel tumultuoso desfile de la decadencia.

Ella será crucificada en las barbas cerdudas y en los adagios de Sancho; entretanto, la lanza y la espada de Don Quijote eternizarán más allá del océano, más allá de los siglos, a la España creadora, a la España genésica de las epopeyas, cuyas estrofas son mundos descubiertos y continentes conquistados.



EN esa existencia de andariego sin suerte, en que vivió, en sus formas diversas, la vida pícara, paladín o parásito, Cervantes engendra y realiza la obra suprema. Desdeñábanle los maestros en boga. Lope de Vega lo miraba por encima del hombro, las eminencias de la literatura oficial no advertían su paso por la calle. El, en cambio, en su "Viaje al Parnaso", envolvía a cada jardinero de perifollos en su generosidad. Se presentía el príncipe futuro de los ingenios y otorgaba prebendas de elogios a los nimios cortesanos de las letras, sin olvidar, de cuando en cuando, regalías para algún lacayo de las Musas,

sabiendo, eso sí, distinguir a don Francisco de Quevedo de Fray Juan Bautista Capataz, aunque endiosara a este último en un consonante forzado. Y pudo reflejar tanta riqueza genial, tanta historia de almas y de épocas en el libro cardinal, precisamente porque no era literato. Era algo distinto. Era escritor, es decir, garra creadora pura, vitalidad misma, calor humano que vibraba en la punta de su pluma, como un grito inmenso a flor de labios... ¿Necesitaba, acaso, pensar en el adjetivo culto y en el rigor de la frase redonda si animaba lo eterno con su soplo? ¿Interesábale, acaso, el rincón de la antología si los cuatro puntos del globo serían luego escenario perdurable de su memoria? Sería eso como pedir a Don Quijote que haga esgrima de salón con su lanza de caballero andante, hecha para botes y no para filigranas.

Vecino de buhardilla para los académicos contemporáneos, que vivían ungiendo las rodillas de Filis y de Tisbe con baños de ambrosía, vengóse de su mezquino existir con la gloria más universal. Y por no ser literato y por no

ser componedor de figuras a la clásica manera, resumió una filosofía, resumió el espíritu de una edad en la obra única. Mas su alma habíase penetrado de quieto dolor, y de ahí el sentido amargamente satírico del libro, que es canción de gesta y novela de pícaros, al par que arte didascálico, pues Don Quijote es continua lección de nobleza y de ideal, de virtud heroica, y Sancho y el ambiente en que se mueve, caricatura de una sociedad, y que al ser perfecta y honda, lo es de todas las sociedades y de todos los tiempos. De ahí el aspecto trágico del uno y el tipo burlesco del otro. Por lo demás, conviene disentir con la suposición de que el libro no va más allá de un pensamiento de arte plástico y de crítica social. Cervantes, el más genial de los escritores, tiene la cualidad comprensiva del genio, en cuya síntesis hállase todo: representa en sus fases múltiples las modalidades específicas de la raza española y nadie en sus días ha ofrecido un espectáculo más noble de profundidad mental y de belleza de alma. Paradógico y realista, cómico y trágico, tiende los vastos panoramas

y no abandona el detalle; es metafórico y estricto a la vez. Y en ninguno como en Cervantes, encontraremos ese rudo individualismo español que hace estallar al santo en herejías y al general desdoblarse en insurrecto. Cristiano hasta el misticismo, no le imponen cruces de prelados ni capelos cardenalicios; soldado, su voluntad está por encima de la disciplina regular. En país alguno podría concebirse a Santa Teresa y Fray Luis de León, en Italia, por ejemplo, habría muerto en la hoguera. Y es porque el predominio individual es siempre la espuma de los países anárquicos, en que impera, vuelta a vuelta, la dictadura del guerrillero y la del inquisidor. Cervantes expresaba ese conjunto contradictorio, y su héroe lo filtra en sus acciones y en sus palabras: Don Quijote es un rebelde perpetuo. Su calada visera reta a lo establecido con la torva audacia de un revolucionario de los siglos posteriores: es absoluto, y entre la bondad que es genuina en su corazón y el coraje que es su norma, no posee otra ley que ese su fatal albedrío: contra las hermandades o contra los corregidores, su sen-

timiento religioso compite con el dogma y con sus guardianes, y su concepto de la justicia prima sobre las Partidas. El piadoso de Dios y el paladín es, con frecuencia, un réprobo para la iglesia, pero su heterodoxia espontánea se reproducirá no pocas veces en el clásico padre Mariana, que antes de ser profeso de orden, es español e ingenio, y por lo tanto libre, porque la raza que convirtió la teología en una política, no puede respirar sin la libertad individual, condición exclusiva de sus impulsos históricos y de su vida cuotidiana, como acontece con los pueblos que constituyen una nación en lo moral y una tribu revuelta en el orden social.

Un fermento de inextinguible anarquía encrespa el espíritu de Don Quijote. Si evoca ante los rústicos la organización primitiva de las sociedades, es para exaltar, en la poesía de la noche nítida, bajo el cielo suntuoso que es su techo de caminero, el comunismo de los tiempos remotos. Si decide un asunto, que sus viajes espectrales suscitan, es para resolverlo con abstracción de las leyes y de derechos: sobre toda ley y

sobre todo derecho, su razón se impone como el filo de una espada tajante. Es siempre el individuo, nunca la colectividad. Y eso es tan profundamente español, tan íntima y medularmente castellano, que se repite como rasgo definitivo en las mentalidades más sujetas a las reglas disciplinarias. Así, por ejemplo, hay un ególatra en el propio San Ignacio de Loyola, y el padre Mariana, al reprocharle el primado, con el testimonio de los santos concilios, su juicio sobre un problema teológico, contesta con tranquila altivez:

—En mi cabeza hay muchos concilios...

No es concebible el espíritu español sin un fondo de orgullo dominante, es decir, de independencia categórica. Cada español puede anteponer a la rúbrica de su nombre la cláusula imperativa del monarca: Yo, el rey... Don Quijote suma esa síntesis, pero esa estupenda arrogancia se sublima en rectitud. Su lanza es para redimir; su espada es para ganar batallas de honor. Ese paladín que hierve en soberbia, nunca cae en la injusticia, porque el orgullo que lo

anima tiene por base una lealtad de gran señor. Don Quijote y Cervantes, no son sino la misma figura reproducida en la duplicidad de un espejo colosal. Por eso equivale, a mi juicio, lo cervantesco y lo quijotil. Los dos forman una medalla sin reverso. Ambos persiguieron absurdos, ambos vencieron en la inmortalidad y nos han dejado el ejemplo de sus existencias singulares. Son perpetua enseñanza de nobleza espiritual y redimen, como cumbres la monotonía de una pampa, la especie humana, que se dignifica con la proyección de sus vastas sombras. En las tardes de invierno, cuando el cielo nuboso nos llena de lúgubre paz, cuando nos desploma la fatiga o nos desazona la incertidumbre, el libro de Cervantes nos ofrece sus páginas abiertas. En ellas hallamos, como bajo la penumbra de un árbol amable, reposo para el corazón y embravecedora energía.

No son los profesores de virilidad de hoy los que han de superar a Don Quijote en lecciones de esa recia dinámica. Así, al concluir la lectura, deseamos arrojarnos sobre los caminos y buscar

dignas empresas. ¿Qué importa si la celada es de cartón y jofaina el yelmo? Lo principal estriba en idealizar el destino del erguido brazo, embistiendo molinos o retando a rebaños de carneros; quien lee esos capítulas vuélvese adepto de esa religión de las ilusiones. No lo lamentemos. Al contrario, erijamos en profeta a ese paladín y sigámosle por sendas y llanuras. ¡Benditos sean aquellos molinos que descubrió su lanza! Sus largas aspas envuelven nuestras almas en vientos de honda poesía. Sobre los llanos desolados de la existencia, sus siluetas, divinizadas de romántica luna, se recortan en panoramas imaginarios. Hacia ellos se levantó la mirada del héroe, deslumbrada por la gloria. Molinos de viento que rodea la paz beatífica del Angelus aldeano, que hace chirriar en los recodos sombríos, el aire rural reviviendo fantasmas de brujas y de galanes, molinos de los viejos caseríos, buenos molinos del buen hidalgo, amémoslos como símbolos. A través de sus aspas veremos el firmamento augural en que vuelan las aves caudales y las cree-

mos aprisionadas, para nuestro señorío, en clausura de rejas movibles.

Acójase a su sombra el garrido mocetón que busca aventuras para probar el temple de su espada y de su ánimo; embístalos, desbriando hacia su imagen quimérica el rocinante de sus sueños inspirados; empenáchese de luz; proclame incomparable la hermosura de su dama y por ella muera; muera por la ilusión, que es el dogma quijotil; venza a follones y malandrines a costa de su hambre y de su sed; agote su íntimo poderío, ahóndese en sí mismo, supremo entre los demás; arraigue en su propia fuerza, seguro de su alto destino; desafíe en los caminos, combata y ruja, y así, vencedor en el amor y en la muerte, prodigioso de absurdos magníficos, su fama será el rescate de las amarguras, cuando en los venideros tiempos lo glorifique Cide Hamete Benengeli, narrando en idioma triunfal su historia insigne, con las palabras que honran al manchego:

"La del alba sería..."

PERFILES CERVANTINOS

EL VIEJO AMIGO

ESTE que veis aquí, de rostro aguileño, de cabello castaño, frente lisa y desembarazada, de alegres ojos y de nariz corva, aunque bien proporcionada, las barbas de plata", nació en un lugar de cuyo nombre nadie querrá olvidarse. Y a pesar de que en la diminuta ciudad, adormecida en las tardes castellanas por el murmullo del manso Henares, nacieron grandes guerreros y príncipes famosos, su recordación perpetua se debe a que no lejos de Santa María Mayor vió la luz primera el hidalgo ingenioso. ¿Quién hubiera dicho que el hijo de Rodrigo de Cervantes, venido al mundo en triste pobreza, pudiera superar en gloria a los nacidos bajo dosel y entre filas de dueñas y destinados a acaudillar los tercios hazañosos del

rey o superar en honra — deo volente — a los que hacían las armas de la sabiduría en las aulas de San Ildefonso? No lo hubiese creído, por cierto, el mismo bachiller Serrano, que llevaba hundidas ya en la santa pila a numerosas criaturas de aquel pacífico y apocado vecino, habituado, como buen padre, a la escasez honesta y a la familia larga; menos aun supondríalo la algazarosa multitud juvenil, acorrida de toda España, y que, al desparramarse en los asuetos dominicales, harta de los "ergos" y de los "distingos" de la Escolástica, solía ver en el portal de su casona al tímido cirujano y hacerele objeto de sus burlas estudiantiles. Y en esos días las burlas de los que se alistaban en el ejército de la Diosa de los ojos claros llenaban con su tumulto las calles de la ciudad pequeña, y es porque era otoño y el aire muy transparente en los caminos y la niebla muy traslúcida en los alcores, ítem más, el abundoso mosto, ponían el ánimo de la revuelta mozada ondeante y desigual. Mas Dios quiso otra cosa. ¿Qué guerrero o doctor de aquel tiempo vive en nuestra memoria? En cambio, en nuestro sentimiento revive,

como si con nosotros hablara y estuviera delante, el que relató los sucesos incomparables y nos llenó el corazón con las alegrías y las penas del caballero sin par, buscador de empresas insignes, amador de la justicia, dispuesto siempre, con su fuerte brazo y su alma poblada de estrellas, a vengar agravios, a desfacer entuertos, a libertar a los que gimen en los cautiverios, defensor del desvalido, baluarte y fe de la encantada princesa. D. Miguel de Cervantes Saavedra es, así, nuestro viejo amigo. Como el héroe de su libro, ha sufrido el rigor del mundo y ha hecho las penitencias amargas de los que tienen en la frente el signo de los varones predestinados. Para que cada palabra suya pueda servirnos de oración consoladora al estar acongojados, o de fuente de brío al sentirnos mecidos por altos deseos, sufrió todos los sufrimientos: años enteros gimió en la cautividad del moro, que así cobraba en el valiente ya inerme la proeza de Lepanto; años gimió en el abandono y en las prisiones, pues nacido para el don milagroso de la poesía, gracia celeste vertida en el aroma sonoro de las voces, no anduvo diestro en el

recaudo de alcabalas ni cuidóse de pagar, mísero, el paño de la capa que le fiara el mercader.

¿Quién ponía atención, en los días de los Felipes — poetas o noveladores, — en ese novelador y poeta que prefería los versos regocijantes de Lope de Rueda, oídos en el Corral de la Pacheca, a los versos graves y tiesos que tejían en loanza de la dama de pulido linaje los ilustres y aseñorados tocaliras de la Corte? El propio Fénix de los Ingenios, Lope — "Hermano Lope, bárrame el soneto"—, le profesaba desamor y apenas si le saludaba, y eso cuando le venía en gana, llevándose la mano al capelo con displicente cortesía; D. Lupercio Leonardo de Argensola, a quien los príncipes sentaban a su mesa y a quien Da. Bárbara acogía con otorgadora sonrisa, dispensábale, gracias sean dadas a Dios, una amistad blanduzca como su Musa, Musa de Academia, clásica y correcta, reñida con los saltos absurdos y con los clamores agudos, y que, sin duda, se apodaba Filis o Dorila. No iba el ingenioso hidalgo ni a los festines de la Corte ni a los recibimientos de las señoras que tomaban del

capellán la misa, del paje el madrigal y del marido las telas que vendía el florentín. Iba a la librería de D. Francisco de Robles, donde los copleros y legos y los decidores de lindezas se reunían para platicar sobre los casamientos reales, los barcos que venían de América, cargados de oro ,a fe mía, y los esguinces del Turco, en las costas del Mediterráneo. Allí, bajo las ahumadas vigas del techo, el Manco era el bien esperado y el bien venido. Reíase allí con recia risa de la ciencia del tropo, de las suspirantes endechas en alabanza de Da. Leonor. Allí se sabía que D. Miguel de Cervantes Saavedra podía esperar el fallo de los siglos idos. ¿Qué importaba al de la Triste Figura el desdén de los grandes, el pan ausente, la fama batina en torno de los olvidados de mañana? Los seres vivos que amasó en la arcilla inmortal pregonaban ya de mar en mar y de rumbo en rumbo lo cierto de su gloria y lo eterno de su nombre. ¡Bien haya el favorable designio que lo separó en cárceles de la tierra natal, lo arrodrigó en numerosos pesares y lo hizo doctor en corazones humanos! Por eso lo amamos y lo buscamos; por eso es

nuestro viejo amigo y nuestro confidente fiel. Es la hora de salirle al encuentro. Las lámparas están prendidas; el fuego arde en la chimenea y esparce en la estancia el dulce calor doméstico. Arrimen un poco más las sillas. Sobre nosotros se cierne el mundo maravilloso del ensueño y de la poesía, el mundo de los infinitos tesoros; abramos el libro que comienza así:

"En un lugar de la Mancha..."

LA GITANILLA

DON Miguel de Cervantes amó en La Gitanilla a una de sus mujeres más realmente vivas y más hechas a penetrar en el corazón y a quedar en el recuerdo. Cuando apareció ante la gente de la Corte y desenvolvió en su presencia su danza vibradora y envolvedora, unos dijeron: "Dios te bendiga, la muchacha". ¿Qué se veía en esa doncella de quince años? La llamaban Preciosa. Tenía el cabello hecho ondas de oro y los reflejos del mar se acaudalaban en sus ojos. ¿Acabaría, como todas las gitanas de las ciudades españolas, rodando de extramuros en extramuros, lanzando acá su zambra y leyendo allá en la mano del caballero de volante jubón el destino de tristes amores y de fortunas halladas en un ínsula? He aquí

que nadie desea saberlo siquiera. Viejos y jóvenes júntanse en el sitio en que se muestra la Gitanilla. Un poeta le hace la honra de un soneto:

Cuando Preciosa el panderete toca,
Y hiere el dulce son los aires vanos,
Perlas son que derrama con las manos,
Flores son que despide de la boca.

¡Ay! Las gitanas que acampaban en las barriadas profesaban el arte nefando de la brujería. ¡Dios nos perdone! A lo mejor, recibían en visita al Diablo y de él aprendían las recetas de las curaciones y los secretos de los daños que hacían, enterrando en la mala suerte al mozo pronto a casarse o mezclando olor de ajo a los pasteles de miel. Preciosa sabe doctorerías como no los sabe el bachiller que retornó de Salamanca el año último y está en su casa, sopla que sopla el endemoniado hornillo, a la espera de que el plomo se haga oro de ley. Preciosa nos dice cómo se acaba, con determinadas palabras y seis cruces, el vahido de cabeza. Publica ensalmos, hace agorerías. ¿No será bruja y no nos habrá embrujado? ¿Por qué andamos

buscando de esta manera el cálido filo de su mirada y la blanca relumbre de sus dientes? ¡Qué manos tiene, Padre Santísimo! Cuando danza, parece que ha hecho un lazo de sus brazos y nos los va a echar al cuello. ¿Qué sortilegio anima su figura? Es la mujer misteriosa de la morisma y de la judería y con ella se esparce el aliento de las antiguas farsas de juglares y juglaresas que erraban de villa en villa y de burgo en burgo moliendo canciones y contando las desventuras de amantes doloridos y de príncipes caídos en cautividad. Don Miguel de Cervantes ha resucitado en esa muchacha de encendida belleza a la mujer de las razas que al irse de España dejaron en ella el recuerdo de sus encantamientos prodigiosos. ¿No había siempre un alto señor, servidor del rey y devoto de Dios, que de noche salía de su honesta y religiosa casa, con el puño sobre la espada, y se perdía en la calleja desierta, hacia las afueras, y golpeaba en una ventana ruinosa? Ese alto señor amaba a la mora o la judía por más que viviera en la condenación, pues no pudo resistir sus hechizos, al verla una vez. Es el eterno romance de la mo-

ra que turbaba el alma de la España católica. España había expulsado a los infieles. En las hogueras ardieron los que quisieron esconderse en las rúas obscuras y seguir forjando el cobre y el hierro, los velones y los cofrecillos. Pero, aunque no quedara más ninguno de las huestes que habían partido con Boabdil, la imagen de la mora aparecía en el recuerdo como una pesadilla deliciosa. Se encarnaba en la gitana bailadora y revivía en todos la poesía de los amores orientales, la sed de lo extraño, el afán de lo desconocido. D. Miguel de Cervantes, que anduvo por los Rastros de Sevilla y estugo en Argel, resurgió en su Gitanilla las moras con que soñaban los españoles y resumió en su gracia ligera, en su cuerpo movedizo, en su acento candoroso y picante a la vez, a las mil heroínas de la fantasía, a los seres creados por los poetas. La vistió, le puso crótalos en las manos y le sopló el espíritu de la vida, como Jehová cuando hizo al primer hombre, y Preciosa, a través de los siglos, sigue siendo la mora, la gitana, la mujer del amor vedado que añora todavía España y que se presenta a nuestra imaginación,

dominadora y sonriente, cantando la copla al compás de sus sonajas:

Y si en el cielo hay estrellas
Que lucientes carros forman,
En otros carros su cielo
Vivas estrellas adornan.

LUSCINDA

LUSCINDA se parece a todas las mujeres cervantinas. Se parece a Dorotea y a Zoraida. Tiene el buen sentido, el cuerdo buen sentido del ama de Don Quijote y la fresca ingenuidad de la sobrina del gran caballero. Nadie la gana en recato; nadie la vence en dulzura; nadie como ella, marea junto a la reja andaluza al doncel que pasa y mira furtivo: une al decoro de la dama castellana, grave y honesta, la llameante viveza de la mora. Y como todas las mujeres de Cervantes, que desfilan en los relatos ejemplares, es espejo de la fidelidad. Ningún azar feliz o triste sabrá apartarla de su propósito, ni suerte alguna podrá desviarla de su fe. No importa que el padre de D. Fernando sea el duque Ricardo ni que su linaje tenga

el abono de antiguos blasones. Está hecha para resistir la traición, para afrontar la desventura, para contestar al destino con su larga paciencia. En ella se copia el coraje de los grandes amores. En esas mujeres, de estatura ya natural y que actúan en conflictos comunes, perdura todavía la apariencia de las heroínas de las novelas de caballería: Luscinda huyendo de la ciudad para esquivar a D. Fernando y Dorotea lanzándose a través de la selva desconocida para buscarlo, recuerdan a las princesas de los paladines, a las damas sublimes de los caballeros andantes. Luscinda es la cautiva de la suerte opuesta. Como otras gimieron ocultas en redes malignas, ella gime perseguida por contrarios azares. Pero su amor no abrirá paso en su alma ni a la resignación, que es el comienzo del olvido, ni a la paz que es el principio del consentimiento. Como los hombres y las mujeres de las novelas caballerescas, se arroja a los caminos para encontrar fin a su padecimiento o remedio a su aflicción. ¿Dónde hallará a aquel a quien repudia y a aquel a quien ama? ¿Qué rumbo tomó el esposo deseado? El amor, desespera-

do y doloroso, que la embellece aun más, lleva en sí la suprema sabiduría.

Muda y triste, va de lugar en lugar hasta hallarse en el sitio de las cosas inenarrables y de los sucesos únicos. Luscinda ha dado con la venta donde la boquisuelta Maritornes fué llamada princesa alguna vez y donde los desvalidos pueden esperar el signo de la fortuna favorecedora. Aquella es la venta que el de la Triste Figura convirtió en castillo y donde por tal razón sólo lo milagroso tiene cabida y lo imposible se cumple. Es la puerta del reino quimérico, es el palacio de los sueños maravillosos. Así como se puede dar con el tesoro escondido en la vuelta de cada calle y en el tropiezo de cada terrón, el premio del amor esforzado suele aparecer junto a la ventana que se abre a nuestro paso. Luscinda sabía que antes de dejar de amar dejaría de vivir. Ese espíritu de fatalidad domina en el amor de la mujer española, que es siempre trágico y anuda al deseo de dicha la resolución de morir. La venta de Don Quijote concluye con su tortura: siendo alto su amor y alta su fe, necesitó para terminar en la alegría, la vecindad

del que hizo promesa de servir a los desvalidos. Todas las mujeres de Cervantes son figuras de vida quijotesca. Luscinda las comprende en su valerosa constancia y su fidelidad y su fuerza en la congoja recuerdan la fidelidad misma que ha rendido el alma del caballero insigne a los pies de doña Dulcinea del Toboso.

Dios te dé a Luscinda, hijo mío. Con ella no necesitarás llevar contigo la llave de tu casa ni cuidarte del mundo: si has sabido ganarla no lograrás perderla, porque su ternura guarda la consistencia de las piedras preciosas: aun deshechas en polvo no muere en ellas el brillo de la luz que les da vida.

ZORAIDA

LOS años de cautividad nunca se borraron de la memoria de Cervantes. A través de sus diversos oficios, ejercidos en tiempos diversos, los días de Argel, amargos y duros, reaparecían en su recuerdo; la sombra de la cautividad cubrió su vida toda, y no hubiera concebido, sin duda, a los seres fantásticos que redimen a los sufrientes en el reino de las aventuras, si él mismo no hubiese pensado, en las horas sin esperanza, en la mano oculta que podía limar las rejas de su prisión, en lo inesperado venido bruscamente, en el prodigio que de pronto le devolvería el albedrío. Era joven cuando yacía en las mazmorras de Argel, y, desde luego, la casa de Agi Morato es la famosa de los

baños donde pasara en compañía de numerosos cautivos, las penurias de la esclavitud y con los cuales tramara a menudo artimañas de fuga. ¿Habrá asomado alguna vez, sobre el parapeto del muro, la hija del dueño o la favorita del harem que aprovechara una distracción del cuidador? ¿No se habrá repetido con Cervantes el viejo cuento referido por los poetas en los umbrales de los zocos y en que se ve a la mora siguiendo al extranjero, enamorándose del "rumí" y con quien huye en la noche hacia las playas remotas? Zoraida es eso. El romance de la mora prendada del cristiano, se vivifica en esa admirable figura. Lo que la España en lucha con el infiel ha cantado por espacio de siglos, prometiendo al guerrero de Cristo, en premio de su mérito heroico, la princesa conquistada, revive en la narración que se intercala en el luengo itinerarfio de D. Quijote. En ese evangelio del caballero denodado, que restablece las costumbres de la caballería feudal en los años posteriores al César, y con quien renace la fe en lo misterioso, reaparece también la leyenda de la Mora, que desde lo alto del calado mina-

rete, envuelta en sedas deslumbrantes y penetrada de embriagadores aromas, sonríe al cautivo, que gime la copla del amor afligido en prisiones:

¡Oh, tesoro de mis males
y de mis querellas mina!

Era la época en que se rememoraba, tañendo la vigüela de los mesones, las llorosas congojas del forzado de Dragut, las penas candorosas de Zaide, los hechos de Bravonel de Zaragoza. Zoraida es la cifra y la suma de esas mujeres creadas por la fábula local y avivada por las memorias de los que regresaban de los cautiverios, rescatados por el dinero de los mercedarios o fugados en riesgosas connivencias con algún renegado. Era esa la poesía de los soldados que hicieron las guerras contra el Turco, y que, sin beneficio ni honra después, se encaminaban a las Indias, en busca de las ciudades del oro. Cervantes, soldado cautivo y poeta, entrevió esa figura tradicional en la cautividad, y el poder de su recuerdo se recuerdo se reflejó en las figuras femeninas que más tarde creara o encontrara.

Sus amores fueron amores fugaces, surgidos y desaparecidos en el camino, y aquélla de la cual no se sabe más que el nombre y que fué la única que adulciguó la salobre melancolía de su otoño y de su vejez, le recordaba, como las otras que conociera, el vago perfil vislumbrado entre los árboles del jardín argelino: Zoraida es la mujer en quien se juntan esas mujeres de la realidad y las de la imaginación popular. Libra al cautivo y se hace cristiana, es decir, realiza el doble ideal del español de ese tiempo y a la vez compensa con su hermosura delicada, con su cuerpo voluptuoso y fragante, el sufrimiento padecido en las cuevas lóbregas del arraéz. Es por eso que al pintarla, Cervantes la reviste con la gracia picaresca de la gitanilla y le comunica el grave pudor de Luscinda, la idealidad con que rodea D. Quijote a la imaginaria señora de su pensamiento; Zoraida es real y viviente, pero de su realidad emerge el perfume de las mujeres poéticas: el amor que llora y canta bajo la luna clara, historias inverosímiles y hazañas descomunales.

LA GALATEA

DEMOS al sordo y presuroso viento
las quejas que del pecho ardiente y frío
salen a mi pesar, pidiendo en vano
ayuda al río, al monte, al prado, al llano.

"Esto cantaba Elicio, pastor, en las riberas del Tajo, con quien naturaleza se mostró tan liberal, cuanto la fortuna y el amor escasos" — dice Cervantes en el comienzo de La Galatea. La Galatea ya no es ni la mujer de las novelas ejemplares, ni la de los cuentos picarescos, ni la de las aventuras en que sobrevive la sombra de la España muslímica. Es una novela pastoril y los que en ella se agitan, van y vienen, responden a nombres que no son los de usanza común. Se llaman como en los

libros gustados en los salones señoriales y que dejan un sabor italiano, como que de Italia vinieron, con los alumnos del viejo Nebrija, con los de Mariano Sículo que enseñó a Garcilaso el modo de tañer el instrumento conforme lo hacían los maestros de Italia. La queja de Elicio parece ser el eco de las quejas de Nemoroso. Sus amigos se llaman Arsindo, Lauso, Orompo, Marsilio, Crisio y Orfenio. Elicio es un pastor y está enamorado de una pastora. Pero, siendo él tan pulido en su duelo, tan aseñoritado en su plañidería, no ha de crerse que Galatea será una pastora de aspecto rústico, como lo es Marcela, o una aldeana de grueso fajo y chatas narices, como lo es Aldonza Lorenzo. La Galatea es una digna señora. Se dedica al oficio campesino por la misma causa que Elicio ejerce el suyo: es porque así lo quiere la boga literaria. Los que escriben en Madrid, en ese tiempo de guerras y de sobresaltos, han resuelto crear un mundo aparte en que las mujeres son pastoras y los hombres zagales, y para decirse su amor o reñir o avenirse, emplean octavas y cuartetas y cantan como los más famosos cantores del co-

ro del Santo Padre. Cada poeta que empezaba su carrera estaba obligado a escribir un libro así. En sus páginas ponía a la doncella de su afición y la bautizaba con un apodo clásico: Dafnis, Diana, Filis, y para sí se reservaba el papel de enamorado sin fortuna que acaba, alabado sea Dios, juntándose con la indiferente que lo tiene en sus redes o la infortunada a quien amenaza el destino implacable. Era muy difícil, ciertamente, pintar las truhanerías del Buscón, o las diabluras del Rinconete; era muy fácil, en cambio, colocar en el paisaje yerto de los poemas pastoriles, la imagen de la pastora. Cervantes, como todos los poetas contemporáneos, hizo su novela y amasó la estatua de su Galatea poniendo en ella lo que rebullía en su mente todavía juvenil, es decir, cosas de la literatura; sus personajes hablan discursivamente, piensan en verso, disertan sobre letras: en los capítulos de La Galatea se anticipa el "Viaje al Parnaso", en que desfilan, grandes y pequeños, notorios e ignorados, los que viven sus días acoplando palabras y anudando redondillas. La reunión de esos personajes más parece la

de los árcades que la de un grupo de gente del campo, que cuida ganado y conoce las horas por la altura del sol o el curso de las estrellas. Razonan doctamente, finamente, cortesanamente, y Galatea misma parece salida de uno de los cuadros italianos en que se ven las diosas con aire sereno y ojos inmóviles, de carne blanquísima, envueltas en peplos y que más que seres vivos se dirían tallados en alabastro. De alabastro es Galatea y parece diosa, en efecto, diosa del valle cervantino, diosa de égloga a quien los versos de amor se dirigen como plegarias y en quien la sonrisa parece don otorgado como gracia divina. La pena no turba su serenidad. Oye las imploraciones del amante entristecido como si oyera una oración y es que no tiene la existencia real de las mujeres. Es una encarnación, es una mujer literaria que sabe que "todo acabará bien", porque así lo reclama el fin de la novela, el objeto de la gota de tinta de que ha nacido. Galatea podría decirle a Elicio: No te aflijas, pastorcillo. No tomes a pecho las coplas que recitas. Yo me casaré contigo porque así lo ha dispuesto don Miguel de Cervantes, ya

que en las novelas pastoriles los pastores se casan siempre porque así lo demandan las señoras y los señores que leen esta suerte de libros. No te desesperes. El pastor forastero se irá en el último capítulo y nosotros seremos felices, como pueden serlo los hombres y las mujeres que hablan en verso, lloran en canciones y se regocijan en metáforas. ¿No ves que si D. Miguel de Cervantes suprime al pastor enemigo desde el primer momento, se acaba la obra y nuestro destino termina sin lucimiento? No llores, Elicio; los pastores de las novelas fingen llorar, pues los otros, los que lloran de veras, nunca están en las novelas. ¿No ves que en torno nuestro hay ninfas y hay céfiros y Caliope da un discurso a los zagales en perfectos endecasílabos?

Pero todas las novelas pastoriles murieron; apagóse el acento melodioso de las Dianas y de las Floris y sólo vive y perdura el eco de la voz argentina de la pastora que creó don Miguel de Cervantes: quiso hacer una estatua de mármol y como nada podía hacer sin animarlo de fuerza viva, su Galatea ha cobrado el movimiento de las mujeres

reales: es una estatua inmortal que en las noches de luna vaga todavía entre las frondas húmedas de rocío.

DON QUIJOTE Y SANCHO PANZA

SE puede no haber leído el libro de Cervantes; más aún, son muchos los que no lo han leído, precisamente porque es uno de esos libros del cual siempre se habla, es decir, su contenido esencial circula y se comunica de boca en boca con la facilidad de un aforismo y con la rapidez de una anécdota. ¿Quién no saca en la conversación un episodio de Don Quijote o un refrán de Sancho? Son las dos figuras que más se han grabado en la memoria de la humanidad. La humanidad ve siempre delante de sí, como doblando la senda donde el horizonte concluye, las siluetas de la pareja inmortal; la ve como en las láminas de las viejas ediciones, en un paisaje austero en que el sol se está po-

niendo y aviva con sus últimos rayos el resplandor de aquella jofaina que por oficio de la fe convirtióse en el yelmo de Mambrino. Don Quijote lleva la lanza terciada y su extenuado rocín parece avizorar en el cielo las primeras estrellas. Es inútil que digamos a Don Quijote que ese yelmo refulgente es una jofaina; es inútil que le demostremos que su celada es de cartón. Y Don Quijote tendrá razón y no tardará en convencernos. Lo que hace al paladín no es el escudo consistente ni el capacete sombreado por el glorioso penacho. Lo que hace al paladín es la fortaleza del ánimo y el deseo de probarlo en empresas grandes y en aventuras insignes. ¿Y quién tiene ánimo mejor ni más firme y más resistente voluntad que este caballero a quien nunca contendrá el buen razonar de Sancho cuando resuelva lanzarse al entrevero? Miradlo. Ante sus ojos dan vuelta las aspas enormes de los molinos que se dirían llamar a la batalla a un ejército de monstruos. "Son molinos", le dice Sancho Panza. Pero Don Quijote ya no oye. Todos los gigantes que pueblan su fantasía, todos los enemigos terribles que

agitan su desvarío, se aprietan en esa visión. Don Quijote no vacila: en la soledad del llano, su reto retumba y su lanza embiste a los seres fantasmagóricos, como embestirá a los carneros, como embestirá a los pellejos de vino: esa lanza de herrumbrada moharra está al servicio de la justicia. Ella hendirá los graves riesgos cuando lo demande el menesteroso, cuando el desvalido reclame su socorro, cuando alguien grite, la llame desde el fondo de su prisión. Entonces se verá que en esa lanza envejecida resucita la gloria de los antiguos caballeros andantes. Peleará contra el mundo entero; impondrá a los mercaderes el homenaje a la bella desconocida, libertará cautivos, enderezará los entuertos. Es la lanza de la fe y del ideal y el que la tome de garrocha ha de alcanzar la fama de un salto. Es justamente lo que Sancho Panza no entiende, pues su imaginación no está hecha como para que un molino braceando se trueque en gigante. Eso sí, cuerdo como es y a ras de tierra como anda, se da cuenta, sin embargo, que hay algo en ese varón enjuto, tan valeroso y tan discurridor, que vale más que la hacien-

da y la cerdada. Y de no, ¿serviríale acaso de escudero por paga en escudos? Sancho sabe que el molino no es un gigante y que el carnero no es Pentapolín del arremangado brazo. Mas, el poder de sugestión del héroe y del genio lo lleva en su red de ilusiones y de ahí que el rústico se ha vuelto, a su vez, hombre de quimeras y de sueños, que delira con ínsulas y reinos: el fantasma de la gloria se ha posado sobre el anca de su pollino y ha enredado en sus greñas la rama del laurel. No hay suprema virtud que no contagie ni alto ejemplo que no conquiste: por más que recele, el espíritu del hombre se rendirá, mientras dure el tiempo, al que empuñe la lanza sublime y ande en pos de las grandes aventuras de nuestra vida, puesto que quien tal haga será para nosotros el espejo de las almas, el dechado perfecto, el modelo incomparable: sabemos que nuestra vida no se mide por la cordura que contiene, sino por lo descomunal que hay en ella, por la capacidad heroica que alienta, por la disposición de arrojarse sobre el monstruo que mueve sus brazos en el vacío y para conseguirlo, cualquier leño es lanza

y cualquier jofaina es yelmo, pues lo que da a aquélla el filo tajante y a éste la relumbre del oro, es la presteza y la pujanza que llevamos en el corazón. Gente sensata molida en refranes, hosca a los amores singulares y a las aventuras que no sean las del maravedí y de la tajada: no os riáis del caballero que se pierde en la lejanía del camino: acabaréis por suplicarle que os haga dueño de la Barataria y os prometa el reino inaccesible a vuestras cortas manos...

DULCINEA DEL TOBOSO

¡AH princesa Dulcinea, señora deste cautivo corazón! Mucho agravio me habéis fecho en despedirme y reprocharme con el riguroso afincamiento de mandarme no aparecer ante la vuestra fermosura". En esta primera invocación que hace Don Quijote, al andar por los campos de Montiel y al imaginar lo que se dirá de su fama en los siglos venideros, fija la condición primordial de la dama de sus pensamientos: es desconocida y está ausente. El mismo Don Quijote nos dirá alguna vez que no está muy seguro de su existencia real. Eso no le preocupa. Todo buen caballero ha menester de una dama a quien pueda hacer homenaje de los que vence y a cuyo nombre pueda

encomendarse en los trances que ponen en peligro su vida. Ese amor desinteresado, como la gloria misma, que es el objeto de sus andanzas heroicas, llena la historia del ingenioso hidalgo. La imagen de Dulcinea aparece a cada instante, en cada recodo del camino, a la vuelta de cada árbol. En las conversaciones con Sancho, en las pláticas en casa de los duques, en los sonantes desafíos, en el diálogo con los cabreros, en la noche arcádica surge su imagen radiante. Sancho conoce a Dulcinea. La ha visto con frecuencia agitando el cedazo o llevando el atado de hortalizas. Y a pesar de eso, el prestigio de Dulcinea no decae. La claridad de su figura ilumina toda la novela. Es invariablemente la princesa escogida entre las princesas para que fuese la amada del gran soñador. ¿Qué importa que cada vez que la evoque nos acordemos de la labradora encorvada sobre su faena, de esa Aldonza Lorenzo que sirvió de germen real a la creación alucinadora? ¿Acaso ignoramos que Don Quijote desvaría? A pesar de eso, preferimos su desvarío a la razón de los que tratan de inducirlo al abandono del oficio

andantesco o de los que se burlan de él validos de su diminuta cordura. Así como su locura no es más que una forma de la razón extraordinaria, que está por encima de la realidad asequible y de la lógica corriente, Dulcinea del Toboso tiene también la fuerza de lo que vive por encima de los seres reales. Si elimináramos a Dulcinea de las páginas del libro, en que se manifiesta como una aparición fugaz aunque frecuente, veríamos borrarse todas las nobles y bellas figuras que se mueven en su largo relato. ¿Qué haría Don Quijote si le dijeran de pronto que Dulcinea ya no existe? Bajaría, sin duda, a la cueva de Montesinos o penetraría en lo hondo de la selva para no salir más y consagrar el resto de sus días a la memoria de la mujer que ama con amor tan sumiso. Dulcinea es la clave de todo el libro. Por complacerla lleva a cabo penitencias penosas; para honrarla se arriesga en los más recios combates; bajo su advocación se lanza a la batalla; sirviendo a su augusta princesa, se mueve en defensa del débil y es amparo de los tristes. He aquí cómo en el desvío del camino común y en la plenitud de la sin-

razón, nos enseña Don Quijote, en el profundo misterio de su vida y de sus obras, la eterna presencia de la mujer, aparte de la cual nada grande se hizo ni nada alto se pensó en el mundo. Compadezcámonos, pues, del pobre hombre que sonría ante la imagen de la labradora erigida por la locura del paladín en princesa de elevadísimo rango. El que no haga lo mismo y el que no convierta su existencia en ofrenda de la única y de la bienamada y no la transforme en su imaginación revistiéndola con los encantos ideales y los atavíos espléndidos de las damas de la ilusión, morirá en la vera de su senda, sin grandeza y sin belleza, como morían los aglomerados y espantados carneros en la embestida de Don Quijote: su despedida del mundo será un confuso balido...

EL AMA, LA SOBRINA, EL CURA Y EL BARBERO

LA tendencia de quemar los libros no era nueva, desde luego, ni la inventaron, al practicar el donoso escrutinio, el licenciado y el barbero, ni a ello bastó la celosa instancia del ama y de la sobrina. Muchas veces se había hecho ese escrutinio en las librerías de los varones de espíritu inquieto. Un día se apareció también el obispo López de Barrientos en casa del marqués de Villena y empezó a mandar al fuego lo que solía hojear en sus largas soledades aquel trovero y filosofador que, según decían, sostenía comercio con el Diablo y sabía lo que está vedado al manso y discreto cristiano. "Los libros non cumplideros de leer" pasaron así en las as-

cuas, menos aquellos que plugo salvar al señor obispo, que en su calidad de juez se reservaba — y bien hacía — el derecho de leer lo que a los demás prohibía. Llevóse a su casa lo mejor y de esta guisa el cielo quedó sin ofensa, sin libros los cavilosos como el de Villena y el mundo sin miedo de que un mamotreto de lomo de pergamino pueda sacarlo de quicio. El licenciado, Pero Pérez y maese Nicolás, el barbero, han sabido hacer otro tanto. ¿Quién no se anima, sea doctor en teología o profesor en la ciencia de la brocha, a juzgar de los efectos que produce lo que escriben los demás? Así es fácil someter a la inquisición lo que ha costado amontonar a los siglos. ¿Hay por allí uno que anda de ciudad en ciudad diciendo cosas que turban y que tal vez ha sacado de la imaginería de los poetas o de las revelaciones de los filósofos? No es fácil mandar a las llamas al que de este modo anda; en cambio, se limpian los anaqueles de lo que es asequible al lector. El ama de la casa entregará sin esfuerzo las llaves y el licenciado y el barbero harán su registro: así, Esplandián, después de sus numerosas aventu-

ras, y Florismante de Hircania, después de sus denodadas proezas, concluirán su destino en la hoguera, junto al corral. Y como el obispo discretísimo de que hablamos, licenciado y barbero conducirán, quién a su sacristía y quién a su tienda, los librejos chicos y chatos que les dé placer sin sacarles el juicio de madre.

¡Ay, Dios mío! ¡Qué perplejos se quedaron el ilustre licenciado y el discurridor mojabarbas cuando supieron que a pesar del famoso escrutinio, Don Quijote salió otra vez en busca de aventuras y afanoso de ganar la gloria con memorables sucesos! ¿Querría decir esto que las hogueras encendidas para sofocar el ingenio de los hombres son tan eficaces, como un cedazo para tapar la lluvia. Algo de eso quiere decir. Los libros quemados encuentran en las llamas que los devoran las lenguas que predican su fama y el acre humo de la quemazón se vuelve espíritu fogoso que entra en las almas y las llena de locos bríos, de ganas de abordar lo enorme, de practicar lo absurdo, de buscar lo inhallable, de amar lo inconseguible. Así, la llama inquisitorial penetra en el co-

razón de los varones elegidos. El licenciado y el barbero se van restregándose las manos de contento. Y antes de haber dado dos pasos, ven a esos varones, a quienes creyeron substraídos al sortilegio de las palabras embriagadoras, porque habían quemado los libros, alejarse sobre sus flacos rocinantes, hacia arriba la lanza, alta la visera, dispuestos a cruzar los montes de un salto y el mar de una zancada si así lo reclama el menester de la justicia o la honra del ideal. Créame, señor obispo Barrientos, creedme, señor licenciado y maese Nicolás: apoteosis de lo prohibido refulgiendo con el resplandor de un sol naciente, como en las alegorías de los libros hechos no entreguéis los libros a las llamas. No condenéis a los maestros de las aventuras. Será trabajo perdido: esas llamas que han servido de sepulcro al sentimiento y al pensamiento se trocarán en ceniza en la hoguera.

LA QUIMERA

EL sueño de la Arcadia, la persecución de la dulce quimera es permanente en el espíritu de Don Quijote porque era perenne en el espíritu de D. Miguel de Cervantes, que es el verdadero y único modelo de su héroe, como que la vida y las aventuras de éste sólo son el desdoblamiento de la vida y las aventuras de su creador. ¿Qué es el diálogo con los cabreros y el discurso sobre las armas y las letras, sino el eco de la Arcadia buscada, el reflejo de la ciudad ideal que tenía construída en su cerebro y forjada de nubes graciosas y luces nocturnas? Su Galatea constituye una descripción arcádica. El encuentro con las pastoras, en medio del bosque en que se tendieron redes para

cazar pajarillos, es una repetición de esa misma escena y en la que la realidad circundante sirve de sustento a la ilusión: pastoras vestidas de brocato, con faldellines bordados de oro, sueltas las cabelleras, se le aparecen como en un sueño. El caballero que pelea con lo real que le sale al paso, tropieza con lo irreal que minutos antes tuviera por imposible y de ahí deduce en su conducente raciocinio que no hemos de desesperar del encuentro de lo inesperado. La Arcadia se repetía entonces en todas las literaturas y todos los libros. La poesía italiana la había introducido decorando sus selvas artificiales y sus arroyuelos eglógicos con el hondo resplandor del Renacimiento. El soplo pagano que animó a los artistas y restituyó al arte la libertad y la verdad de la vida, halló en esas reproducciones invariables del bosquecillo y de la doncella zagala un anticipo del país imaginario, que un día fué la habitación de las gentes y que otro día se restablecerá en la tierra: esa Arcadia está en los libros de los soñadores, es la que imaginó el padre Campanella en la Ciudad del Sol, es la que se levanta, con sus jardines

encantados y sus cúpulas de mármol luciente, al cabo de las promesas infinitas hechas a los hombres de buena voluntad.

Muchacho que estás meditando en el empleo de tus veinte años: no temas el rigor del camino, no te espante la dificultad del trabajo penoso ni te arredre el peligro de la empresa singular. Busca la vida libre de la Arcadia. La Arcadia es la ciudad del encanto que construímos con nuestras propias manos y levantamos con nuestro propio poder. ¿Conoces los beneficios de la libertad, muchacho? Nadie lo dijo con más bella manera que Don Quijote de la Mancha: "La libertad es uno de los más preciosos dones que a los hombres dieron los cielos: con ella no pueden igualarse los tesoros que encierra la tierra ni el mar encubre: por la libertad, así como por la honra, se puede y se debe aventurar la vida". Aventura la tuya, muchacho, y cuando menos lo pienses te detendrán las redes tendidas en el bosque y junto a ellas verás a la pastora que te invitará a la alegría y al descanso que habrás ganado por el valor de la fe y la diligencia de tu coraje.

LA REALIDAD

BARDAS de corral se te antojaron aquéllas, Sancho, dijo Don Quijote; adónde o por dónde viste aquella jamás bastante alabada gentileza y hermosura? No debían de ser sino galerías o corredores o lonjas, o como las llaman, de ricos y reales palacios. — Todo pudo ser, respondió Sancho; pero a mí, bardas me parecieron, si no es que soy falto de memoria. — Con todo esto vamos allá, Sancho, replicó Don Quijote, que como yo la vea, eso se me da que sea por bardas o ventanas, o requicios o verjas de jardines que cualquier rayo de sol de su belleza llegue a mis ojos, alumbrará mi entendimiento y fortalecerá mi corazón, de modo que quede único y sin igual en la discreción y en

la valentía". En este diálogo entre el caballero andante y su escudero, se plantea el difícil y espinoso problema del aspecto real y del aspecto ilusorio de Dulcinea del Toboso. Sancho había visto aventando trigo, arremangada y sudorienta, a esa pobre e inocente Aldonza Lorenzo, metida en su cortijo, sin sospechar que mientras andaba revisando si pondrán o no pondrán las gallinas, un caballero, espejo de los caballeros, la erigía en ejemplo de sin par hermosura y la proclamaba, regocijado el ánimo y fiera la voz, soberana de su corazón y rumbo y norte de su existencia. Pero, al decir esas cosas y vocearlas con ímpetu tan grande, no se engañaba demasiado. Dicha discusión con el terco escudero concluye, como se sabe, con estas razones: "Tú me harás desesperar, Sancho, dijo Don Quijote; ven acá, hereje; ¿no te he dicho mil veces que en todos los días de mi vida no he visto a la sin par Dulcinea ni jamás atravesé los umbrales de su palacio y que sólo estoy enamorado de ella de oídos y de la gran fama que tiene de hermosa y de discreta? — Ahora lo oigo, respondió Sancho, y digo, pues, que

vuesa merced no la ha visto, ni yo tampoco. — Eso no puede ser; replicó Don Quijote, que por lo menos ya que has dicho tú que la viste aechando trigo cuando me trujiste la respuesta de la carta que le envié contigo". De manera que Don Quijote no ignora la realidad, según se desprende de sus discursos.

En otra parte nos dirá que tampoco está seguro si existe o no Dulcinea, pero le consta que reune las cualidades para ser amada por un caballero andante como él, y ninguna princesa de la tierra puede sufrir parangón ni con su virtud, ni con su hermosura. No lo creamos extraviado, no lo creamos descaminado de la buena razón. El único que razona bien en el libro de D. Miguel de Cervantes, es Don Quijote. Son los otros que desvarían, desde el discreto licanciado hasta el abominable bachiller. Sólo Don Quijote está en lo verídico. El nos define en esta forma el oficio que ejerce y el estado a que pertenece: "Religión es la caballería, caballeros santos hay en la gloria". O sea, su vida se cierne sobre el mundo y su espíritu sobre la apariencia de las cosas. No es-

tá hecho de la carne del ser común. ni a la medida del hombre vulgar. Este pasará junto a la granja y verá en Aldonza Lorenzo a la campesina; Don Quijote verá en ella a la princesa. Y tuvo razón Don Quijote, y sino, mirad: ¿podéis imaginar a la labradora sin pensar en la eminentísima dama que de ella hizo el ensueño de su héroe? Fijaos bien y veréis al corral convertirse, por la vara mágica del amor y de la poesía, en el alcázar de cristal de que hablaba el caballero, y en él estará la incomparable señora de su alma, y es porque las cosas nunca son como las vemos, sino como las queremos ver, y tienen el destino que les damos: el lodo vuelve lodo a lo que toca, y el oro da su reflejo a lo que se le arrima. ¿A quién quieres por dueña de tu pensamiento, joven que me escuchas? Ella será princesa o fregona según sea la cualidad de tu corazón. D. Miguel de Cervantes te ofrece en desposorio a Dulcinea del Toboso; culpa tuya será si allegándote a la princesa, su veste clara se convierte en saya de labradora y en azada la sarta de perlas que lleva en las manos.

EL CABALLERO BURLADO

CABALLERO soy y caballero he de morir, si place al Altísimo; unos van por el ancho campo de la ambición soberbia, otros por el de la adulación servil y baja, otros por el de la hipocresía engañosa y algunos por el de la verdadera religión; pero yo, inclinado de mi estrella, voy por la angosta senda de la caballería andante, por cuyo ejercicio desprecio la hacienda, pero no la honra". Es lo que había dicho Don Quijote en la mesa del duque, al responder a las públicas reprensiones del maestro cura, a quien la profesión de andante caballero parecía pecado y servir a Dios fuera del paternoster inconcebible herejía. No entendió tal discurso y fuese lleno de enojo, sin que le detengan ni la

hospitalidad del duque, ni la cortesía de la duquesa. ¿Si no lo entendía el piadoso varón que anduvo por las Salamancas y las Bolonias, y debía ser docto en lo que no se advertía a simple vista, cómo lo iban a entender los servidores y las doncellas de los duques, para quienes la presencia del extraño caballero era una fiesta de burlas? No es posible leer ese capítulo sin que se le llenen a uno los ojos de lágrimas. El pobre caballero todo lo cree. Su buena fe le impide ver la sonrisilla maligna que vaga en los labios de la duquesa y que se abre en risa en la boca de las camareras, que han atestado la estancia con la fuente de plata y el aguamanil y los lienzos, y se disponen a enjabonar a Don Quijote para solaz de los señores y gusto de la canalla. ¿Por qué se burlan del caballero? ¿Por qué ha escrito D. Miguel de Cervantes, tan movido a compasión y de gusto tan fino y tan diligente, esa página de befa para su héroe? Don Quijote embiste los molinos y cae; afronta a los toros bravos y lo revuelcan. Eso no nos hace sufrir: las heridas son sus blasones, el valor su mérito y los riesgos el precio de su de-

nuedo. Lo que nos parece insufrible es la burla de los sandios, la risa del necio, la traidora socarronería de los que lo toman por loco y por tal lo creen. Helo ahí, pobre y buen caballero, burlado y reído, con la cara flaca hecha un remolino de jabón, sumiso como una criatura, dócil como un corderillo. Este hombre que concibe las batallas gigantescas y alcanza la gloria, no advierte la burla, no nota cómo se entreabren los labios de la duquesa para sonreir apenas. ¡Hechicera y maligna duquesa! El ingenioso hidalgo D. Miguel de Cervantes se vengará de ella, y después de haberla presentado, deslumbrante y arrogante, yendo de cacería, con su halcón en la mano, con el aire de una reina de Inglaterra, nos descubrirá su terrible secreto, el feo secreto que desvanece su prestigio de dama ilustre y hermosa: nos dirá que tiene herida llagosas, y su figura, que en un momento nos alucinó como una aparición, recibirá el castigo de nuestra misericordia y el rápido desdén de nuestro olvido.

LAS BODAS DE CAMACHO

AL despertarse aquella mañana, Sancho Panza, trájole el viento el olor de sazonadas comidas, olor que venía de adentro del bosque donde la riqueza de Camacho levantó pirámides de pitanza para celebrar sus bodas. En efecto, bajo los anchos árboles y en los amplios vacíos erguíanse asadores como clavas para matar gigantes y tinajas redondas, como viejas y bien nutridas abuelas, elevaban en el aire sus capitosos hervores. ¡Alabado sea el que todo nos lo da!" "Espetado en un asador de un olmo entero, un entero novillo" ponía en los ojos del pernicorto escudero el relámpago avisador de la gula y en las señoras ollas, gallinas de las que a fuerza de grasa andan barriendo el sue-

lo con la barriga y carneros pesados como la bolsa del que presta dineros y gansos del tamaño de un elefante, otro si digo, los panzudos zaques llenos de vino, formaban armonía, en el poema de la hartura, con los muros de quesos y las montañas de pasteles. ¿Para qué era tanta merced? Don Quijote pudo haber exclamado, como en ocasión en algo no distinta había proferido su fiel evangelista:

¡Vive Dios que me espanta esta grandeza!

De esta manera aparecieron a los ojos de Don Quijote y de Sancho los preparativos de la boda de Camacho, el rico, y de Quiteria, a la que amaba Basilio, el pobre. Esa aglomeración fabulosa de alimentos habría regocijado al héroe de las comilonas épicas a quien sólo imaginamos con las fauces abiertas a la espera de que en ellas caiga lo que en el mundo es comestible, vertido por el cuerno de la abundancia. Ese festín preparado en el bosque se diría concebido por el divino Pantagruel. Pero en ese amontonamiento portentoso no hay un rasgo grosero ni un pormenor que nos

choque. Esa cordillera de comida tiene la mesura del orden y la grandeza de los antiguos banquetes de los reyes y de los guerreros. ¿Ha querido el escritor exaltar simplemente el caso de novio aceptado por su fortuna y que con ella quiere deslumbrar y adquirir la resignación de la esposa conseguida por ministerio de sus doblones? ¿No ha de verse también en esa glorificación bucólica, en ese cuadro jocundo, restallante de color y oliendo a vida robusta, el contraste de la realidad general, la antítesis del hambre propio de las grandes crisis históricas y de las grandes transformaciones colectivas? No hay en la obra cervantina una palabra que no sea el eco seguro de lo que había visto o de lo que habíanle sugerido las cosas de la sociedad contemporánea. Desde los episodios de La Galatea hasta los acontecimientos más extraordinarios del Quijote y de los Trabajos de Persiles y Sigismunda, Cervantes ha reflejado en sus libros la visión de su época y ha encerrado en sus conclusiones la esencia de sus sentimientos. Mas, no nos desvelemos en tanta averiguación. El festín aparejado por el opulento Camacho nos

invita a disfrutarlo y hemos de hacerlo, por cierto, ya que al final nos hallaremos con que Basilio, escaso en onzas aunque rico en ardides, supo arreglarse de tal suerte que la bendición del cura le uniera a Quiteria, sin que por eso deje de seguir divirtiéndose el que tanto gastara para celebrar su esponsales. Lo debemos a la mediación del generoso caballero. El cura bendijo a la pareja; digamos nosotros amén...

LAS RAZONES DE ROCINANTE

Después de realizado el donoso escrutinio en la librería de Don Quijote, el cura y el barbero salieron de la casa, despedidos en el umbral con numerosas reverencias del ama y de la sobrina. A pocos pasos de allí hallábase Rocinante. A falta de avena, y en ausencia de la cebada, andaba mordisqueando las ralas hierbas que se aventuraban a crecer en aquel sitio, más hollado que patio de figón. Maese Nicolás vió cómo el jamelgo (que así lo llamaba) erguía de cuando en cuando la huesuda cabeza, como si quisiera medir con la mirada la lejanía del camino hecho en la primera salida hacia las aventuras.

—La verdad sea dicha, mi señor el

cura, que este rocín es más flaco que un trapense.

Y el licenciado Pero Pérez, que conocía su Aristóteles, repuso con clásica dignidad:

—Más que caballo parece una entelequia.

En eso oyóse un flébil relincho que movió a risa al barbero, quien se dirigió al mustio animal en el siguiente modo:

—Metafísico estáis.

Y Rocinante contestó:

—Es que no como...

D. Pero Pérez interrogó a su vez:

—¿Extrañáis acaso la compañía del asno?

—Si creéis que hablarme con desdén del jumento es halagarme, como acontece a vuestra merced cuando así se refiere al que dice misa y da bautismos en la aldea vecina, es caer en yerro. El asno es de mi agrado. Sobre sus anchas ancas se balancea la alforja que ofenderían las mías, que toca, al compás del paso, la espada de mi señor. Hecho estoy para los menesteres de la guerra. Cuando mi amo cruza la lanza y ensancha la visera con la palma de la dies-

tra para ponerse más avisor, siento bajo mi pellejo el hervor de la impaciencia y desearía que todos los follones y malsines se juntaran en el camino para saltar yo en medio de él y mostrarles lo que puedo y debo. No pienso entonces que estoy al azar de golpes terribles. Sólo veo lo que he de hacer, y mascando la coscoja, para que la ira no me enloquezca, salto hacia adelante y quisiera que de un tajo se derribasen las cabezas de los enemigos y de un bote cierto se viesen, a través del hueco dejado en el pecho de los gigantes, cómo se les escapa la vida. Así soy. He aprendido mi oficio heroico en los largos ayunos del corral, y en las noches claras, al recostarse el dueño mío a la sombra de un árbol a contar las estrellas, aprendí a amar la gloria. Ya sé yo que es más envidiable la suerte de los caballos de quienes cuidan en la cuadra del príncipe palafreneros diligentes y a quienes montan garridas señoras que van de caza con halcones y farantes. Comen de la buena cebada y les limpian los lomos con blandos trapos. Mas, no les envidio. No conozco la envidia, que, según dice mi amo, anida en los corazo-

nes que alimenta lo ruín. ¿Quién hablará de ellos en los siglos venideros? ¿Nombraráloa, acaso, y recomendarálos a las trompetas de la fama, el maestro Cide Hamete Benengeli? En cambio, cuando se hable de lo que hizo D. Quijote y se sepa que lo llevé en los entreveros, cubierto de sudor y tembloroso de hambre, dirán de mí que fuí digno de tal guerreador, y en los tiempos corridos y por correr resonará el recio jadeo con que soporté la fatiga y el peligro. Sí, venerable cura; sí, venerable barbero; no os riáis de mis costillas peladas ni de mi cola sin peinar. Más vale magro caballo de paladín y más servicios tiene prestados al mundo que un doctor de Sigüenza que se pasa los días con las manos en la barriga meditando en el ahorro que le dejará la viuda o si habrá en el casamiento de su feligrés, además de la carne al horno, dádivas por la jaculatoria. Y diré otra cosa: Quiero al asno que monta el greñoso escudero y que le da tantos latigazos cuantos refranes le salen del hocico. Cuando estuvimos de colación con los cabreros y D. Quijote dió en decir aquellas palabras que todabía humedecen

los ojos de quien las repite, el rucio lanzó un rebuzno, que no era de gusto por el pasto ni de regocijo porque oliera una pollina en la vecindad. Comprendí que el jumento estaba, como yo, animado de altos deseos, y que iría, con el andar de los sucesos, y si mis lecciones le aprovechaban, a ser una persona de bien. Acabaría con mi enseñanza a no ser un simple asno.

Maese Nicolás, rascándose la luciente peluca, indagó:

—¿Y qué sería?

—¿Lo ignora vuestra merced? — arguyó Rocinante. Y continuó: — Lo educo para caballo de paladín.

—Faena difícil — murmuró el cura.

—Lo es — dijo el jamelgo. — Bien sé yo lo que cuesta convertir a un asno a la religión de la gloria y de las aventuras. Milagros son éstos que los asnos arduamente entienden. Nunca sabrán los asnos que el Universo cuelga de un rayo de luna.

Y al oir las razones de Rocinante, cura y barbero fuéronse a sus quehaceres:

—Tengo que hacer una barba, señor cura.

...

—Maese Nicolás, tengo que visitar a un moribundo; semana de raros doblones es la que vivimos y no hay que desperdiciar un alma que nos pide la cédula para el Paraíso.

—Id con Dios.

—Quedad con El.

LA SANTA PALABRA

Un florentín que andaba por aldeas y ciudades vendiendo lo que se podía vender y comprando por un mañana te pagaré lo que se caía de las manos de cualquier menesteroso, acertó a detenerse en la venta, cuyo portalón miraba al camino. Venía cansado el hombre de tanto andar a lomos de su jumento y hallábase deseoso de que algo le entrara en el estómago, pues casualmente ocurrió en esa jornada que nadie le invitó, así sea con una rebanada de hogaza, al ofrecer las mercaderías que aplastaban las dóciles ancas del animal. Metióse, pues, en la venta, donde, por ser sábado, había menos que la víspera, que por ser viernes redújose a una olla de bacalao, llamado truchuela por la fre-

gona. Poco averiguan los que tal oficio ejercen si la escudilla es de oro o si se espuma el cocido con el filo de la tapa. Lo que el mercader quería era volver en sí, y a ello accedió el ventero, poniendo la mesa en el pasadizo, con lo cual aprovechaba el candil que daba luz a diestra y siniestra y aun alcanazba para la Virgen, hundida en el nicho del muro bajo un espeso manto de telarañas. Cerca de allí estaban sentadas las mozas a las que conocía de viajes anteriores, ya que, como buen florentín, no esperaba desquitarse en el Paraíso de las escaseces de la tierra. Saludólas con alborozada cortesía y propúsoles partir la media azumbre de recio vino.

—¿No gustará la Tolosa de unas gotas de este rabioso vinagre? — preguntó mostrándole la copa llena hasta arriba.

—Doña Tolosa, dirá vustra merced.

Dirigiéndose a la Molinera, repitió la pregunta.

—Doña Molinera, acaso.

El florentín no dejó de asombrarse. Nunca había visto a las dos mozas de tan huraño talante. Al contrario, siempre encontrábalas en los mesones man-

chegos y siempre mostrábanse prestas a tomar parte en la cena y en lo que a la cena seguía, sin deshacerse en melindres ni oponer tropiezos a la distracción. Sabían su oficio de alegradoras del caminante y hacíanlo con gracia y con bondad. Cuando las noches eran amenas, como acontecía en ese mes, y la luna redonda, solían ir, en compañía de los que pernoctaban en la venta, hacia la orilla del río, y junto a la azuda dábales por cantar y danzar:

Donde los sastres vienen,
Donde los sastres van...

Así pasaba menos triste el tiempo, y cuando cada uno tornaba a su faena llevaba en el recuerdo las horas acuchilladas a gusto en el figón. Mas ni la Tolosa ni la Molinera parecían dispuestas esa vez a hacer fiestas al mercader. Y éste advirtió que una y otra habían alzado el corpiño a más altura que de costumbre, escondiendo ahora lo que antes daban entero al gozo de la mirada. Ya no se sentaban con tanto abandono ni tendían el costado como pidiendo pellizcos. Y vió el florentín que la Tolosa y

la Molinera apenas levantaban los ojos del suelo. Preguntó de este modo:

—¿Una gota de vino, señoras mías?

La Tolosa dijo:

—Si vuestra merced quiere darnos un trago de lo que bebe y un bocado de lo que come, Dios se lo tendrá en cuenta. Estamos en ayunas.

—¿En ayunas vosotras? ¿No os basta, por ventura, darse una vuelta por las cercanías y tener para lo que fuere menester?

Arrimadas las mozas, contaron lo que había acontecido con ellas. La víspera, justamente, detúvose en la venta un caballero enjuto y fiero que tomólas por princesas y por doncellas y que dijo andar por los caminos en busca de grandes empresas.

—Ha de ser ginovés que presta dinero a caución de casa y amo. ¿No es así?

—Bien se conoce que no lo visteis, repuso la Tolosa. Dinero no llevaba ni para pagar el humo de la cocina. Caballero es que profesa el oficio andantesco, que es velar por los que yacen cautivos o vengar agravios. ¡Hubiéralo contemplado vuestra merced! Al desceñir-

le yo la espada y la Molinera peto y espaldar, murmuró, con voz queda y aire galán, creyéndonos damas muy principales:

Nunca fuera caballero
de damas tan bien servido
como fuera D. Quijote
cuando de su aldea vino.

¿Creerá vuestra merced? Reímos toda la noche de su cara flaca, de su caballo flaco, de sus armas mohosas. Asistimos a peleas con los arrieros y a la ceremonia en que el ventero le ungía a golpes en el pescuezo y en la espalda. Después le armamos como a la llegada le desarmamos, y aseguró que viviría en nuestro servicio y por nuestro amor, como doncellas y princesas que éramos. Es el caso, Dios sea alabado, que, una vez partido, no pudimos olvidar las cosas que nos dijo. Oímonos llamar doncellas, sin ánimo de burla, y por defendernos hubiera embestido a los gigantes y a los dragones. ¡Cuitada de mí! Soy la hija de un remendón de Toledo a quien la gente maltrata y sólo busca en los recodos del camino o en la obscu-

ridad de la calleja. Al aparecer este señor de espada y adarga y con llamarme doncella devolvióme la doncellez. Tomándome por señora, hízome señora. Ya no soy la Tolosa. Soy Da. Tolosa, según prometíle ser, pues, sépalo vuestra merced, hay palabras que pueden más que un bálsamo y valen más que un regalo en doblones. La suya lavóme el alma y púsola nueva y nueva es, y hasta jurara que no es más blanco el vellón pascual ni más luciente la moneda rubia.

—Oíd, la Tolosa — interrumpió el mercader.

—Doña Tolosa, diréis.

Y el florentín, sobrecogido y confuso, inclinóse diciendo:

—Doña Tolosa: soy vuestro servidor.

SEÑOR DE LA PIEDAD

Todo grande heroísmo tiene por resorte oculto el amor a la humanidad. No hay héroe misántropo. El que se yergue de pronto y sale a dar voces para convocar legiones propónese una brega que lleva su fuerza vencedora en el amor a los hombres y en el amor a los hombres confía. Es por eso que es en vano disuadirlo de su empresa. Podrán decirle que sus enemigos son ejército y que el ejército es de gigantes. Como si fuera a su vez mesnada de mil lanzas, se arrojará al camino. Sabe que los vencerá; los vencerá yéndosele la sangre por las abiertas heridas o saliéndosele el alma por la boca espirante, pues lo heroico es imperecedero y triunfa con persistir en el recuerdo, en cuya distan-

cia de inmortalidad se embellece como el sonido más recio se vuelve melodía en el transcurso del espacio. Cuando alguien echa sobre sus hombros el peso de una inmensa fatiga, la gente afirma compasiva y burlescamente: ¿Qué hará solo contra el mundo? Ignora que en eso está el ser héroe y lo sublime consiste en reducir el absurdo a cosa corriente, pues con estar solo contra el mundo se le sirve y se le salva. He conocido una vez, cuando yo era niño y aprendía el oficio de vivir ejercitándome en las crueldades de la niñez y corría con la honda tras los pájaros que llenaban el aire matinal con la dulzura de las canciones, he conocido, digo, a un anciano que solía sentarse junto a un tronco musgoso y proferir amonestaciones contra el mal. Su lengua era tosca y silbaba en la soledad como una amenaza. En vecindad con los árboles, bajo el cielo inocente, predicaba, irritado e impasible. Nadie oía su prédica, nadie se detenía en el tránsito de sus quehaceres a oir su queja sagrada. Se le tenía por loco. Pero, los días lentos llevaron de rincón a rincón de la comarca esa ruda voz de castigo y de promesa. Al

morir, no se recordaba ya su locura. Filas silenciosas de hombres y mujeres segían su féretro en medio del campo cubierto de trigo y montes de amapolas agobiaban el ataúd. Iba muda la caravana porque su alma estaba llena con las voces que el viejo enloquecido de piadoso fervor había lanzado en la soledad estéril. Sabía, por lo tanto, lo que hacía. Hay que predicar en el desierto, porque siempre se predica en el desierto. El viento que forman los gritos inútiles del hombre en quien vibra el dolor de los hombres, se propaga como el viento mismo en la llanura desnuda. ¿Qué importa quién oirá ese clamor vasto y perdido? Se oirá a través del tiempo, hecho tumulto. El pobrecillo de Asís se ponía en la ribera del río y hablaba a los peces. Si por allí hubiese pasado San Ignacio de Loyola, ese chato tenedor de libros de los asuntos divinos, le hubiera dicho, sin duda:

—Hermano Francisco, pierdes tu tímida elocuencia en objetos sin provecho. ¿Para qué convencer a los peces? Los peces no pecan y no tienen con qué rescatar sus pecados. No dejan herencia, no son donatarios de heredades en

beneficio de iglesias y de monasterios. Vete a la ciudad. Endereza a la viuda rica hacia la senda devota; reprocha al poderoso sus faltas y perdónale y así contarás con su poder. Es justo perdonar al poderoso a condición de que nos acate y es profesión nuestra la severidad con el humilde. En mis Ejercicios Espirituales hallarás la lección adecuada a tal procedimiento. ¿Por qué te afanas por el ciego y por el lobo? ¿Qué milagro es el que el lobo se trueque sumiso a tu sortilegio? ¿No son mejores, acaso, los milagros que yo hago? Junto al altar dorado de luces, muestro reliquias que me traen los mendicantes y las personas se prosternan y gimen y dan el óbolo con que compran su redención.

En cambio, el probrecillo de Asís peroraba en la ribera. El agua del río se estremecía y el rumor de la floresta se paraba para dejar paso a su acento triste y dulce. Y en los siglos de los siglos, los corazones perciben esa palabra que hizo del desierto su enorme trompeta. El pobrecillo de Asís era un héroe.

Amaba a los hombres y amaba a las cosas. La piedad inundaba su espíritu y la derramaba a su alrededor como un

príncipe antiguo las monedas de oro al cruzar una aldea. Así era Don Quijote. Prototipo del héroe, es el ejemplo conmovedor de la piedad vertida en su larga expedición en obras de salvadora justicia. ¿Qué es el sueño de la gloria sino la conquista de la gratitud perfecta de la gente por el amor hacia ella? Fijaos bien. Si nombramos a uno que vivió centurias atrás es porque algo ha hecho o algo ha dicho que viene en alivio de nuestra pena, desde el áspero profeta hasta aquel que combinó, para consolarnos, palabras deliciosas. Don Quijote, es eso. Armado caballero por el dueño de la venta, deparóle el destino la aventura del bosque. Su corazón, movido por delicadas cuitas, se exalta de furiosa misericordia al ver al débil Andresillo ligado a una encina y azotado por su amo, Haldudo el rico. Haldudo era el amo completo, no diferente de los que conoció en el cautiverio el evangelista del paladín. Hacía trabajar al muchacho cuidando ovejas; lo hacía trabajar como al perro que le seguía y como al perro le trataba y con igual paga por añadidura. Don Quijote lo libra de sus ligas y lo venga con su justicia.

No hagamos caso de que partido el caballero, el amo volverá a ser inicuo y le irá peor aun al pequeño esclavo; hay en ese episodio un sentido distinto y es que los Haldudos, que nacen de la ferocidad y en ella cavan su riqueza y su dicha, se denuncian ante el mundo y los que son sus víctimas tienen en Don Quijote el vengador. En los días de los días, nos acordaremos, al imaginar un mundo reposado en leyes fraternales, de ese encuentro prodigioso en que resuena la angustia de los sufrientes y la fría dureza de los negreros. La piedad que nutre a los perseguidores de la quimera, a los forjadores de las imágenes de la tierra feliz, a los predicadores de la hermandad armoniosa, mana de ese acto de generosidad. ¿Qué haríamos sin el sentimiento de piedad? Haríamos, posiblemente, libros como los de Loyola, descarnados y feos, en que el alma tirita como un mendigo en la lluvia. Haríamos libros de doctrina seca, que tienen la espantosa lobreguez de las cuentas. Necesarios son los números, mas, si no les ponemos el corazón adelante como unidad brilladora, se trocarán en ceros irremediables. Na-

da se ha hecho sin piedad, nada se puede hacer sin frotar un alma con otra alma. Aun los que se entregan al oficio de la guerra y tienen la muerte por medida de su hazaña y testigo de su acción, buscan en la misericordia lo que no encontrarían ni en la razón convincente ni en la fuerza incontrastable. El desolado Príamo, al ir a la tienda de Aquiles a reclamar los despojos de Héctor, no intenta seducirle con argumentos. No le dice: "Ilustre Aquiles: ¿para qué te sirve el cadáver de mi hijo a quien venciste gloriosamente? ¿Qué ganarás con afrentarlo entregándolo a la furia de los canes hambrientos?" Ese raciocinio, fundado en la lógica de los hechos, sería desdeñado por el insigne peleida. Pero Príamo había vivido y sufrido mucho y sabía que solo la piedad es irresistible. Al verse ante el vencedor de Héctor, le dijo esto, tan simple, tan doloroso y tan hondo:

—Acuérdate de tu padre...

Y el corazón de Aquiles, embravecido de furores como el negro mar, se aplacó al instante y sus ojos se humedecieron.

Don Quijote es el señor de la piedad.

Santos sin piedad, son santos tallados en piedra. Los miramos medrosamente como a promontorios de roca, en que se sientan a descansar las aves de presa. Y lo prueba el caso de que los héroes de la humanidad, por rígidos y disciplinados que fueron, si la humanidad los rememora teniendo en ellos su sostén, es porque en el fondo de su rigidez y en lo duro de su disciplina, resplandece la misericordia, que es la llama de la justicia.

¡Oh Andresillo, hijo mío! No te arrepientas de que ido el caballero, volviera a atarte y azotarte tu amo. En más de una ocasión, cuando ganaba mi jornal en las fábricas, sufrí lo que sufriste. Entonces, mis manos tenían llagas, llagas verdaderas y sangrantes, que me enseñaron el camino piadoso del ideal. Al retornar a mi casa, la viejecita de ojos claros y de frente arrugada por el padecimiento, se ponía a mi lado, y de tristes que estábamos nos volvíamos alegres. Yo le leía el pasaje en que Don Quijote intercede por ti, y, aunque la viejecita no sabía mi idioma, que es el tuyo, de sus pupilas profundamente

azules, eternamente azules, descendían las lágrimas. Y te sentía en mí consolado y vengado.

LA DULCE DESCONOCIDA

HACIA poco que D. Miguel de Cervantes Saavedra se hallaba en Madrid, de regreso ya de Lisboa, adonde fuera con la corte del rey a celebrar y a certificar la posesión de Portugal. Era la suya la edad en que se comienza a ser avaro del tiempo. Alejábanse en el recuerdo, como visión de pesadilla, los días lúgubres del cautiverio. En los ojos, que vieron cosas de regocijo y cosas de pena, aparecían fulgores melancólicos, nuncios del otoño próximo; en la barba, espesa aún, brillaban los primeros hilos de plata. El viaje a Lisboa renovó en su memoria el paso por las jocundas ciudades de Italia, con sus callejas llenas de canto y de música, con su cielo perpetuamente enjoyado y con

sus mujeres, en quienes la alegría vibraba a flor de labios como una lengua de llama. Pero, también la pasajera permanencia en Lisboa se desvanecía en su espíritu con el retorno a la villa que con la vuelta de Felipe II recobraba su adustez acostumbrada y se enfundaba de nuevo en ese recato rígido, en ese sigilo monástico que sobre ella proyectaba, huraña y mortuoria, la sombra profusa del Escorial. A las fiestas que acompasaba el rumor eglógico del Tajo, sucedieron los quehaceres y las intrigas del Palacio, los enredos de los grandes hidalgos que tenían su industria en la privanza real. D. Miguel de Cervantes Saavedra esperaba a su vez la prebenda que nunca llegaba y que siempre le prometía algún hurgador de antecámaras. Y mientras tanto, en la casa del librero donde había al atardecer junta de poetas, o en el mesón en que solía frecuentar a gente de guerra y a gente que traía del Levante mercancías preciosas, el soldado de D. Juan de Austria contaba sus aventuras y arrimaba al oído de tal o cual varón de letras y fama sus confidencias y sus esperanzas. Era justamente cuando en su ce-

rebro se revolvían las escenas de "La Galatea". ¿No vería semejanza entre su propia suerte y la de ese Elicio, pastor de la ribera del Tajo "con quien naturaleza se mostró tan liberal cuando la fortuna y el amor escasos"? ¿Y no le inundaría esa inquietud de alma que asoma en la adolescencia y que acongoja con la misma incertidumbre de los deseos? Encontrábase en la capital, encapuchada en su aire devoto, sin amistad segura y sin el consuelo íntimo que le fortaleciera en el desfallecimiento y le animase en la hora de la desazón. Ha de haber evocado, sin duda, en esa soledad profunda y agobiadora, a la que alguna vez apareció en la terraza, allá, en Argel, para mirarlo con mirada compasiva y sonreirle con dulzura lánguida y que el velo espiritualizaba en las tardes orientales, en medio de las anchas palmeras y de las rosas abiertas en el frescor voluptuoso que venía del mar.

Y una tarde como esa, que pone en la sangre juvenil el hervor de la fuerza y da alas al brío, fué posiblemente la que trajo al que forjaba la historia pastoril y galante de Elicio el encuentro con la dulce desconocida. No era desde

luego, dama de alto blasón, como las que caían, a juzgar por lo que se publicaba, en las cautas redes de Lope. Sería, claro está, algo más que eso y de menos ilustre alcurnia y a la que no precedían, con el billete entregado a hurtadillas, dueñas graves y diestras en el oficio de correveidile. Quizá la viera al salir de la tienda del italiano a donde fuera Cervantes en busca de empeño. Es el caso que Ana Franca pobló su soledad y mientras seguía urdiéndose la existencia quimérica de la pastora esquiva de la novela, Cervantes vivía su último idilio de juventud y en su espíritu renacía, al contacto de la amiga bienhechora, el sabor de los sueños gozados en el tránsito por los países luminosos, cuando su recia mocedad tentaba con donosa confianza la conquista de la gloria y de la fortuna. ¡Oh suave amiga del caballero de la Triste Figura! Nadie sabe cómo te apareciste en su vida ni cómo de ella te apartó el destino. ¿Era negro tu cabello como el de las moras que detrás de las celosías contemplaban el desfile de los cristianos cautivos, o era áureo y caído en húmedos rizos sobre la sien, como el de las

madonas vivientes cuya presencia iluminaba la fosca lobreguez de las juderías? En la niebla del tiempo ido se borró tu imagen. Mas yo te evoco ahora, con murmullos que son una plegaria, con mínimas palabras en que pongo la unción del rezo. Amo los borrosos recuerdos de lo que ya no es, los sonidos que se apagaron en las tinieblas antiguas, el eco de las caricias que temblaron en las almas extinguidas. Si fuera músico o poeta haría de tu nombre una canción, una canción de infinita dulcedumbre, para que los hombres la repitieran al amar y al sufrir, en el momento en que la felicidad se acerca o en el instante en que todo se ennegrece. Con tus brazos hechos claro nudo cubriste de delicias al peregrino que rendía al mundo su inmenso tesoro; con tu boca encendida sofocaste en su boca la queja de la desdicha y le inspiraste el soplo de fuego que comunicó a los seres creados por su fantasía. ¡Oh dulce desconocida! Velaste sus insomnios, acuciaste sus anhelos y fuiste la buena musa, valerosa y confiada, que lo vestiste de encanto y de poesía. Pasas por su vida como una aparición y tienes de

las apariciones felices la divina brevedad y la irrealidad prestigiosa. Madre de Dulcinea, inspiradora oculta de las empresas singulares, surtidor murmurante de los cánticos, fuente de los inmortales suspiros, emblema de los amores inextinguibles y efímeros, tú eres la mujer del héroe, en la que se piensa en las decisiones y en la que se cifra el objeto de las aventuras maravillosas: desde la cumbre de los siglos, D. Quijote, rescatador de princesas y conquistador de imperios, rey de la ilusión y maestro de la sabiduría, te saluda con su espada. Y yo te digo:

Ave María, gratia plena...

PERSILES Y SIGISMUNDA

LOS que estudian a Cervantes y de Cervantes hablan con frecuencia, suelen referirse a los "Trabajos de Persiles y Sigismunda" con el evasivo desdén que les merecen — ignoro por qué — las páginas un poco frías de la "Galatea". Y yo también, infelice de mí, anduve por esa senda de trillada sabiduría retórica y más de una vez formulé observaciones displicentes sobre la historia septentrional. Parecíame, en efecto, una sucesión de aventuras semejantes, monótonas por su fondo esencial y algo cansadoras por la perfecta unidad del estilo. Formular esas observaciones en público no es peligroso. Ningún miembro del auditorio se animará a contradecir al que diserta en la tribuna

con autoridad magistral, emite la palabra con la entonación combada de la elocuencia y la subraya con el gesto decisivo del que siembra indiscutibles axiomas. Grave es afirmarlo en la conversación íntima, ante alguien que haya leído la obra, no con el criterio técnico del examinador literario, sino con la percepción penetrante y descubridora de la sensibildiad. Es lo que me ha ocurrido. Y de pronto comprendí que no conocía. ciertamente, la novela del ingenioso hidalgo. Bastó para persuadirme de ello oir la recitación en voz baja del epitafio famoso y en el cual no viera yo hasta entonces lo que contiene de heroico y de galante. ¿Se acuerdan ustedes de la vida gimiente de Manuel de Sosa Coutiño? De amor vivió y de amor murió. Manuel de Sosa Coutiño, caballero portugués, que a no ser portugués aun fuera vivo; no murió a las manos de ningún castellano sino a las de amor, que todo lo puede; procura saber su vida y envidiarás su muerte, pasajero". Propúseme, pues, releer lo que en años anteriores, en años de conciencia fugitiva y de atención impaciente, traté de conocer. De este modo volví a mi viejo ejem-

plar del siglo XVIII, que me ofrece en su noble y escueta tipografía el encanto de sus viñetas sobrias, grabadas en madera y que ilustran, con los bajeles derribados y las costas agrestes, las aventuras fantásticas de esa especie de Decamerón severo en que los protagonistas, a través de la catástrofe continua, vencen la adversidad del destino para triunfar en su empresa de amor. Así viajé con el gallardo Periandro y con la hermosa Auristela por las agrias tierras del septentrión y convencíme de que lo leía por primera vez, puesto que por vez primera llegaba a mi espíritu su aroma delicado, su gracia clásica, su profunda tristeza de idilio sobre cuya trama se cierne el soplo constante de la fatalidad. El que quiera aprovecharlo en la amplitud de su belleza, siga mi opinión. Léalo unido a sus propios recuerdos y reconstruya, al margen de los episodios cautivantes, las horas en que pudo substraerse a la verdad común que lo liga con el quehacer cotidiano y lo sujeta a los minuciosos estorbos que forman nuestra vida automática. Piense en el ameno lugar en que se sintió sublimado por algo que no es de todos los

días, en el instante en que se alzó sobre sí mismo, fascinado por un ademán o por una sonrisa, y en tal circunstancia la novela se le volverá el fácil poema de su juventud y el relato lírico de esa existencia alucinada de que cada uno ha sido héroe en alguna fugaz ocasión y que basta para dar a lo irreal el prestigio de la única certeza perdurable. Y es natural que así sea. Don Miguel de Cervantes Saavedra conoció en su vivir angustiado, alegre, inseguro, las penas inquietas de los corazones fértiles en el devaneo quimérico. Nunca estuvo a su alcance de pordiosero sublime el inmenso mundo que llevaba adentro, ni tocó más felicidad que la de la imaginación, acumulada en su alma en desbordante caudal y en perpetuo contraste con la miseria exterior de las cosas y de las personas. Era un caballero andante, embriagado de canción, que perseguía, por las rutas de España, por los caminos paganos de Italia, por los vergeles lusitanos, hechos como a imagen de las églogas pastoriles, las visiones familiares de su fantasía. Y para concretar ese mundo ilusorio lo volcó, como en el itinerario quijotesco, en sus escritos dife-

rentes, volviéndose de tal manera, no ya el narrador de las quimeras suyas, sino el intérprete de las quimeras de los otros. Es esta precisamente la función del poeta de genio, es decir del hombre que, según el docto y agudo Maimónides da cabida en su corazón al corazón de los demás. En virtud de ello, Persiles y Sigismunda resumen en el encadenamiento de los sucesos que tejen en su incesante vagar por extrañas riberas y desolados mares la ansiedad que ahoga a la gente que no se satisface, por su rico instinto de poesía, con el abandono al curso vegetativo que lleva a los seres a morir opacamente en el silencio vacío en que han vivido.

Encuentran los críticos en su adusta ciencia de servidores de una norma artística, que el libro que con tanto afán y tan rotunda esperanza escribió Cervantes, carece de la consistencia necesaria a las novelas asentadas en un ambiente circunscripto. Don Quijote, con ser un individuo de ensueño y representar una deformación de la lógica habitual, emerge invariablemente de contingencias que al exaltar su anomalía precisan la veracidad de su firuga y del

medio en que se desenvuelve. Persiles y Sigismunda están fuera de esa verosimilitud. Ninguna sociedad definida les da contornos; ningún marco reconocible añade a su larga peregrinación el aspecto en que se mueve ordinariamente la multitud. Y es cierto. Mas con ello se prueba el error en que caen los que estiman que "Don Quijote de la Mancha" tuvo exclusivamente su origen en el propósito de combatir con una caricatura violenta la propensión popular a las novelas de caballería. Es el "Quijote" la novela de caballería por excelencia, que ha sobrevivido a los modelos fundamentales del género y los "Trabajos de Persiles y Sigismunda" constituyen en el fondo una novela de estirpe idéntica en que se ha propuesto el autor glorificar el sufrimiento, por encima de la razón, de los amantes generosos. Las aventuras en que actúan los distintos personajes nos parecen iguales. Se encuentran al azar de las borrascas oceánicas; la desventura los aproxima, la desesperación los hermana, la fe en el triunfo de su ideal escondido les comunica la fortaleza heroica para resistir las inenarrables desgracias. Y cuando

arriban a la isla lúgubre, o a la playa acogedora, librados de la muerte por el milagro imprevisto, el nuevo protagonista anuda la narración de sus contratiempos en medio de la piedad conmovida de sus oyentes. Cervantes pone en esas narraciones la ardiente cadencia del ditirambo y la suave ternura del madrigal. Ese ditirambo no nos cansa; ese madrigal no nos fatiga. En su idioma reposado, majestuoso y prieto a la vez, nos cuenta los amores extraordinarios, las vicisitudes trágicas, los acontecimientos absurdos que se han enroscado en la vida de Periandro y de Auristela, y lo que les sucede acaba por antojársenos regular y factible, porque pone en los que relatan su azarosa correría la realidad de su dolor efectivo y lo sumerge en ese fervor de poesía que borra con su dominante potencia la impresión de la atmósfera fabulosa. Hay en ese libro, más que en los otros libros de Cervantes, la influencia de la fantasía italiana del Renacimiento que se complugo en la divinización de la mujer y en el enaltecimiento del amor. De la influencia italiana le viene esa cortesía sutil que se manifiesta en los

compañeros de la pareja admirable y esa apasionada vehemencia que confiere a Mas, no tiene, de los amores italianos, el Mas, no tiene, de os amores italianos, el estremecimiento sensual. Persiles se muestra en la castidad de los enamorados y Auristela aparece en su recato decoroso de doncella. Libro de amor, de cortesía y de galantería, no logró, a pesar de eso, la popularidad de otras novelas análogas.

Es porque es antes que un libro de aventuras un libro de intimidad. Habla a lo que está muy sumergido en nosotros y que se discierne como un aroma diluído, sin que su choque brusco nos ponga en presencia de su apacible tesoro. Por eso advierte más fácilmente su bondad interior el gusto rápido de la mujer y no la experta y castigada inteligencia del hombre, si es que a su turno no se vió en esos bajeles frágiles en que viajaba Persiles y lo ha conducido a las soledades en que nada se espera y donde, frente a la muerte, se comprende recién el valor misterioso de la vida. El hombre sólo penetra con plenitud lo que le ha aclarado la lección que ha sufrido. La mujer, en cambio, se deja adiestrar

por las ansias que trabajan su espíritu. Divaga en la quietud y vive en una superposición poética que no adivina el que la ve y que la lleva hacia una melancolía de ensueño que la sensibiliza para lo que es una percepción elevada y exquisita. La mujer goza más el verso que el hombre y particularmente el verso que no se funda en expresiones genéricas sino el que encierra en su tibieza profunda la fórmula borrosa y liviana de esa congoja enternecida en que su alma — animula, vágula, blándula — diluye su persistente cavilación sentimental. Persiles y Sigismunda pueden ser, por tales causas, su breviario doliente y grato. Como una balada, como un cántico de ritmo acariciante que despide una fragancia tenue, murmurará a su oído las historias prodigiosas de amor y pondrá en sus horas lo que la vida no pone y su ser se trasmutará en su aptitud de dolor y en su capacidad de dicha, en las heroínas que afrontan la suerte perseguidora para obtener al final lo que sus ojos atisban en los horizontes inaccesibles.

El hombre, para acercarse bien a ese libro, necesita haberse despojado de su

rudeza, haberse afinado de su tosquedad para descubrir en sus capítulos la dulzura y la nobleza que Cervantes le comunicó, en el declive de su jornada, cuando ya el otoño lánguido lo impregnaba con el desencanto que ahonda la cuita de los que no han conocido la primavera ni han desparramado su mocedad tras algo infinitamente mareante y bello. Breviario de las mujeres, es la novela otoñal de los hombres. Intente leerlo el que vuelve a ponerse triste como en las tardes de la adolescencia, y ha de leerlo en un rincón penumbroso y amable que se preste a la añoranza de lo que no vino y quizá no vendrá. Así pensará con gratitud en el buen poeta que compuso para su blanda y silenciosa confidencia la epopeya del fino y duradero amor. Y verá que nunca ha sentido el roce su espíritu velado, como al cerrar la obra para seguir a lo lejos el desfile de los fantasmas que forja, que son los fantasmas de su vida, que han surgido en esas aventuras remotas, de las que es también el protagonista, y en medio de cuyos personajes, en la noche de la isla salvadora, no se atreve a referir su historia. Pero no importa; en

nombre de los que no pueden referirla la refiere Cervantes, pues al contarnos en la transfiguración simbólica los sobresaltos que ha padecido, interpretó, con piadosa emoción, lo que ha de morir en el callado suspiro de los que viajan como sombras en la carabela de Persiles.

EPILOGO

EPILOGO

PUES fué ese ingenioso hidalgo quien hilvanó así las palabras, las animó con su ánimo propio, para que siempre repercutan en el corazón de las gentes. Pueden los países en que tales hombres nacen, perder batallas y no ser de los primeros en el remolino de las industrias y en el hervidero de los mercados; serán los primeros en la simpatía de los espíritus, en la amistad del género humano. ¿Qué nos importan los países de las latitudes lejanas, cuyos pueblos mascan un lenguaje rudimentario, en el cual no se cantan penas de amor, ni se rememoran aventuras que estrechen las almas en un mismo recuerdo y en un mismo aliento? En esos países remotos y primitivos no hay ho-

gar, porque como no tienen idioma, no tienen poesía y nada los reune al amor de la luz doméstica, nada los vincula en la sociedad de los afectos pacíficos; el idioma es el principio de la fraternidad, y he aquí que, bajo el cielo propicio, son numerosos los pueblos, de océano a océano, que hablan el idioma armonioso y rotundo en que el paladín de los paladines voceó sus retos heroicos y suspiró sus hondas congojas y dijo sus sabias sentencias, lecciones de la alta religión y de la moral altísima de los ideales. Idioma que suena a nuestro oído con la suavidad de las canciones oídas en la cuna y de las esperanzas brotadas con el comienzo de los años; idioma de la plegaria y de la admonición, del ruego a Dios y de la súplica a la amada, que lleva en sí el embeleso en la gracia y el rugido en el ímpetu, hecho de las músicas todas; a su melodioso conjuro nos sentimos más íntimos, como si nos ahondáramos en la confesión, y los que lo hablamos y lo amamos, nos reunimos en una fuerte y austera hermandad; a su calor evocamos al maestro supremo que preside desde la inmortalidad la noble alegría de

nuestras fiestas: D. Miguel de Cervantes Saavedra, numen de Naciones múltiples, se ha erigido un altar en cada casa. Recémosle así: bendito sea, porque supo decir cosas bellas, ya que sólo las cosas bellas viven y perduran en el tiempo sin fin.

ACOTACIONES

I

EL espíritu quijotil se encuentra tanto en la obra del padre Mariana como en la vida de fray Luis de León o en la obra y en la vida de Quevedo. Pero no es el espíritu dominante de la época ni es la cualidad común del alma española en los dos siglos mayores de su acción mundial. Creer lo contrario, es caer en un error de óptica. ¿Qué hay de quijotesco, es decir, de heroísmo desinteresado, de amor puro a la gloria, que es una fecunda virtud social, en hombres como D. Fernando el Católico, Felipe II y los sucesivos Felipes que señalan con sus períodos la larga catástrofe de España? D. Fernando el Católico era idéntico a Felipe II. Era pequeño, solapado y cruel. Implantador

de la Inquisición, moldeó con su carácter los procedimientos de iniquidad de los inquisidores. Era un rey que todo lo fiaba en la habilidad, o sea, todo lo fiaba en la bajeza, pues la habilidad es la bajeza hecha método. Su Corte, sus servidores, sus amigos, copiaban sus maneras. Su sombra se extendía sobre el Reino como una nube sucia. Es el primer destructor de España que la hubiera sumido en la muerte irremediable a no ser por un episodio incidental: el descubrimiento de América.

II

FELIPE II era enemigo de D. Juan de Austria. Detestaba secretamente a Don Alvaro de Bazán. Los dos grandes movedores de empresas quijotiles, los dos grandes héroes de la última empresa civilizadora de España en Europa, suscitaban en el espíritu lúgubre del rey un sentimiento que sería injusto confundir con la envidia. La envidia de la gloria supone la comprensión de los actos gloriosos. Y Felipe II no amaba la gloria. Su alma burocrática, judicial y monástica, no podía concebir

lo que no salía del susurro palatino, de la palabra turbadora murmurada al pasar en el corredor del palacio, de la intriga urdida en un diálogo furtivo con la dama a cuyo busto tapado iban los ojos devotos del monarca. Es el rey del espionaje, el rey cuyos labios ilumina una cortante sonrisa cuando descubre algo que le permite deprimir o castigar. Es el rey que goza en el defecto de los demás, en la falla de los que son los principales del Reino y trabajan por su grandeza. Es lo antiquojitil, es lo antiheroico. El coraje de Carlos V, hombre de genio, se transforma en el espíritu de Felipe II en hipocresía militante. Las piedras del Escorial son su biografía. Ninguna página puede describir su existencia sórdidamente austera como esos muros sombríos, rectos y chatos, en que ha querido encerrar el alma de la Nación. Ese trágico jesuíta ha ceñido su política a esta teoría monstruosa: hay que desconfiar. La sabiduría está en la desconfianza. Los que nos rodean son defectuosos, y conociéndolos nos volvemos fuertes. Es la política de la cobardía. Llevó su desconfianza, su vocación de espía, hasta practicar una dimi-

nuta puertecilla en el coro del Escorial para aparecer inesperadamente entre los canónigos y oir algo que quizá no habría podido saber de otro modo. Envolvió a España en su alma de telaraña y murió deshecho en gusanos. ¿De dónde han salido esos gusanos que lo devoraban en la agonía? Símbolo de su inteligencia y de su acción, fueron la apoteosis adecuada en que se transfiguró al sobrevivirse en la muerte. No es posible leer la vida de Felipe II sin sentirse entristecido y sin sentir disminuída la dignidad humana. Después de eso, es necesario purificarse el corazón, redimirse de esa pesadilla. Es necesario leer algún capítulo de "Don Quijote", el hombre antifelipesco, el hombre del ideal.

III

HAY dos Españas: la felipesca, o sea el país sumergido en la sombra de un pasado funerario y el país viviente, de cuya médula extrajo Cervantes la esencia profunda del quijotismo. Esta otra España es la que Cervantes educó en la doctrina de lo quimérico

con el ejemplo de su incomparable protagonista. Esa es la España que amamos y que vemos repetida, no en las legiones políticas que tienen su industria en la guerra de Melilla, sino en los hombres valerosos de la verdad. La amamos en los españoles que vienen a nuestra América, a nuestra Argentina, con las manos prontas para el trabajo y que reanudan con su actitud el insaciable caudal de energía de los descubridores. Ellos forman la España del Quijote.

IV

ES frecuente el fenómeno del escritor que se incorpora a la Real Academia protestando contra la retórica de Góngora. ¿Qué ha hecho Góngora para que D. Emilio Ferrari cubra de reproches su memoria secular? ¿Saben ustedes quién era D. Emilio Ferrari? D. Emilio Ferrari era don Emilio Pérez Ferrari. Ha escrito versos y lo suficientemente ilegibles como para que justifiquen su rencor al extraordinario poeta de quien abonimó en su discurso de 1905, al convertirse oficialmente en uno de los que "limpian, fijan y dan esplen-

dor". La Real Academia no tolera las salidas de tono, las infracciones a las leyes de la mediocridad. Sin embargo, la ilustre compañía tolera el retrato de Cervantes en la sala de sus sabias deliberaciones, donde se discute con prolija paciencia si la preposición "a" debe o no llevar acento. ¿Por qué no se subleva contra Cervantes como el señor Ferrari se sublevó contra Góngora? El mundo no ha tenido un espíritu más antiacadémico que Cervantes. Cervantes es la negación de la Academia. Como todo hombre de genio, era individual y revolucionario. Iba contra el uso, contra las reglas minuciosas que comprimen la libre expansión de la inteligencia. Las academias son esencialmente antigeniales, antiquijotiles. Viven de la anquílosis, viven de la estagnación. Es por eso que la Academia Francesa resistió tanto tiempo a Víctor Hugo, excluyó a Balzac, rechazó a Flaubert y puso una guardia de bueyes en la puerta para impedir la entrada de Zola. La Real Academia de Madrid, ha permitido, es cierto, la incorporación de Galdós, pero eso se deberá, sin duda, a un

descuido, como ha de haber ocurrido con el retrato de Cervantes.

V

CERVANTES tuvo su academia. La tuvo en su adolescencia. Mozo todavía, iba al Corral de la Pacheca donde se representaban las obras de Lope de Rueda. Lope de Rueda ha sido su primer maestro. Este poeta jugoso, libre y fresco, le empapó en la sed de alegría y en la ansiedad de vivir. Entre el denso pueblo, se puso en contacto con las ocultas fuerzas del alma popular, cuyas agitaciones misteriosas comprendía y cuyas esperanzas confusas expresó en símbolos potentes. El gran escritor, el escritor de creación positiva, tiene su academia en la calle en que desfila la multitud, en los sitios en que la muchedumbre se reconoce a sí misma. El Corral de la Pacheca fué la verdadera escuela de Cervantes y de su obra, que como la del jocundo Lope de Rueda, es irregular y espontánea, cálida y fuerte, viva y honda.

VI

QUEVEDO es un literato admirable. Nadie ha dominado con más belleza y con más multiplicidad la lengua castellana. Ha ensayado, con perfección y con originalidad, todos los géneros literarios. Ha escrito las páginas de la Culta Latiniparla y del Buscón, ha escrito las páginas adustas de La Política de Dios y Gobierno de Cristo. Se le admira unánimemente. ¿Hay trescientas personas por generación que lo lean y lo gocen? Creo que no. Y es porque Quevedo es el literato por excelencia, en quien todo es obra del talento mesurado, de la inteligencia reflexiva. El genio, o sea la capacidad de anticiparse a todo y de resumir en sí la vida circundante, el genio, que es una especie de arrebato sagrado, nunca asoma a su alma. Y la humanidad admira a esos talentos, pero no se interesa en ellos. La humanidad ama a lo que es profundamente humano, lo que respira con su calor y alienta con sus llagas. Cervantes, que es todo inquietud de porvenir, está cubierto de recuerdos. Recuerda constantemente, evoca a cada

paso que da el paso que resuena en su memoria. Quevedo nunca recuerda. Es el día de hoy sin ayer y sin mañana. Le falta ser poeta, le falta olvidarse de sí mismo y ponerse, sin embargo, en lo que hace y no en el estilo que emplea. De Cervantes a Quevedo hay la diferencia que media entre los romances antiguos, brotados de la vida sublime y cuotidiana del pueblo, y los romances retóricos hechos en la Corte cómoda, friones e insulsos, que se van en estallidos de imágenes. Era, pues, Quevedo, un gran hombre por el imponente valor de su vida y un gran literato por la imponente dignidad de su idioma. Era todo eso; no era más que eso. Comprendió y admiró a Cervantes. Su límpida inteligencia equivalía a la honestidad de su espíritu.

VII

LA historia de Don Quijote es un romance y una balada. En sus capítulos resurge la ruda y antigua fuerza de los cantares guerreros que narran las aventuras del duque de Arjona. Pero es también una balada. Gorjeo ma-

tinal y trino de amor de las almas candorosas, cuita de las almas embellecidas de ensueño, es la balada española única y la única balada que los hombres recitan. Don Quijote determina una literatura.

VIII

ERA Don Alonso López de Zúñiga y Sotomayor, séptimo duque de Béjar, marqués de Gibraleon, conde de Benalcázar y Bañares, vizconde de la Puebla de Alcocer, señor de tres villas, uno de los próceres de la Corte felipesca. De los mayores próceres, quizás, que unía a los títulos de grandeza, la fama de protector de poetas. Era un magnate y en busca de su protección acudió Cervantes. Cervantes le demandaba un alto favor, que era poner su nombre y enumerar esos títulos suyos al frente del libro que sin haberse publicado andaba ya asaetado en la opinión de los que constituían masonería contra el escritor lego. El insigne y séptimo duque de Béjar resistió con desdeñosa hurañía ese pedido. No quería figurar en la primera página de "Don

Quijote". Y D. Miguel de Cervantes Saavedra tuvo que hacer antecámara por largo tiempo en casa de ese descomunal protector hasta que por fin logró la impagable merced de que se le permitiera leer un capítulo de la obra: Cervantes dió examen en presencia de un grupo de cortesanos de ese cortesano, y así fué cómo se le concedió el derecho de la dedicatoria. Y así fué también cómo ese pobre hombre, ese infelicísimo pobre hombre, ese nulísimo gran señor, séptimo duque de Béjar, salvó su saco de huesos del olvido y se enancó en la inmortalidad. Pero esa lotería inopinada no dejaba de irritar al estupendo prohombre. Dícese que un clérigo de su frecuentación y palacio intrigó al Mecenas incruento con Cervantes, a juzgar por la substitución de la dedicatoria en la segunda parte. La suerte le tocó al conde de Lemos. Diferenciábase del anterior en lo de entender algo en el arte de poetizar y en la ciencia de escribir, como que, D. Pedro Fernández de Castro, que tal era su individualización de persona civil, tentó a su vez la nombradía y trató de meter sus desilusiones en verso:

Ninguna cosa procuro
porque ninguna deseo.

Es el mismo que se aprontó para el Virreynato de Nápoles con un séquito de escarbaliras. Había tratado, en calidad de secretario, al Fénix de los Ingenios y gustaba platicar sobre asuntos de letras cuando no le solicitaba la atención alguna dama de compañía de su linajuda esposa, Da. Catalina de la Cerda, hija del omnímodo duque de Lerma. Para eso llevaba a Italia a la pareja fraternal de los Argensola cuyo estro pomposo y linfático bastaba para satisfacer sus inquietudes espirituales. Cervantes y Góngora fueron excluídos por esa docta yunta de poetones, a fin de evitarse el estorbo de tan peligrosa competencia. Góngora se lo pagó:

El conde mi señor se va a Nápoles,
Y el duque mi señor se va a Francia.
Príncipes, buen viaje, que este día
Pesadumbre daré a unos caracoles,

Ni el de Béjar ni el de Lemos se han apeado, a través de los siglos, de los lomos de Cervantes que los cabalga en el

tiempo. Continúan "protegiendo" al ingente genio que no eran capaces de comprender. Lo cual no ha impedido a cierto académico sumergir a la nobleza en un baño de almíbar, como protectora de las bellas letras, y cuya tradición como tal arranca de aquellos ilustres varones.

IX

NINGUNO hay tan malo como Cervantes ni tan necio que alabe a "Don Quijote". Quien así opinaba era Lópe de Vega. Y opinaba antes de aparecer el libro que el Fénix había leído ya en copia. Cervantes preocupaba al autor de las docenas de centenares de comedias. Presentía que todas sus figuras, todas sus creaciones, todos sus fantasmas de escenario y sus recitadores de monólogos y moledores de metaforones, acabarían por sepultarse en los obesos volúmenes que poseen millares de personas y que nadie, hasta ahora, ha procurado recorrer con la vista. Y presentía que mientras le esperaba el olvido, turbado a veces por una fortuita representación de aldea, los libros del

"lego" estaban destinados a vivir realmente, a remover el espíritu de los hombres, a cernirse en la imaginación de la gente. Lope detestaba a Cervantes con odio de autor celoso. Es el homenaje que le tributó y que la posteridad sabe interpretar. Lope es a Cervantes lo que Rafael es a Leonardo o a Miguel Angel: el artista feliz, ajeno a la tortura dolorosa del arte y ajeno a la amargura humana: la felicidad lo volvió fofo y pequeño extinguiendo en su inteligencia y en su conciencia las cualidades admirables que se resumen en "Fuenteovejuna", su única obra viviente.

X

EL licenciado Alonso Fernández de Avellaneda ha proporcionado a los críticos y eruditos, hartados y abrevados en las selvosas páginas de don Gregorio de Mayans, varón piadoso y conocedor de letras y fechas, un problema dolorosamente insoluble. ¿Cuál sería la suerte del falso "Quijote", si no hubiese existido el auténtico? ¿Cuál sería la suerte del mundo y el rumbo de la historia, si el soldado romano no hu-

biese naufragado trágicamente, deliciosamente, en las inconmensurables pupilas de Cleopatra? El bachiller de Tordesillas ha sido identificado con fray Luis de Aliaga, confesor del rey. Es una suposición. Fray Luis de Aliaga era un clérigo aragonés, de áspera y rabiosa jovialidad, de grandes barrigas por todas partes, desde la cabeza hasta las rodillas, y que tenía amor propio en materia de Apolo y Musas. Al aparecer la primera parte del "Quijote", los cortesanos dieron con sù émulo en Sancho Panza. Caballeros y damas lo designaban así, y más de una vez, en las fructuosas colaciones del palacio, le amargaron con el mote los trozos de capón y los tragos de mosto a que era dada su alma canongil. Sospéchase que haya querido vengarse de la figura cervantina haciendo un antiquijote. Pero, para seguir el camino trazado por la lanza del héroe se necesita ser un enorme poeta o un héroe, y no lo era, por cierto, el redondo receptáculo de los pecados reales. Sea o no el autor del libro subrepticio, la verdad es que el presunto Avellaneda no ha logrado dañar a quien quería herir. Solo descubrimos en esos

capítulos en que se intenta rebajar a Cervantes y defender a Lope de Vega a un bandolero literario en quien la gracia truhanesca y la socarronería lo alejan por su índole del primitivo modelo y lo acercan, en cambio al detestable "Estebanillo González", que representa a la novela picaresca industrializada para una clientela de barrio bajo.

Estoy seguro de que el canónigo don Francisco de Palacios leyó con dilatada fruición el engendro de su cofrade, el licenciado Alonso Fernández de Avellaneda. El canónigo, hermano de la esposa de Cervantes, pasaba sus despaciosos días en su quieta casona de Esquivias, donde, después de la misa y de la plática con el barbero, placíale contar los ducados. Temeroso de Dios, ordenado como un alcabalero, de manso carácter y discretos consejos, sabía que lo que hoy no se guarda y aumenta mañana escasea. De tal manera procedía y en virtud de esto sacaba de ahogos al necesitado prestándole un doblón y cobrándole dos, para no parecerse al judío y al genovés, negra caterva del Diablo. Al venerable canónigo no le caía en simpatía el cuñado manco y andarie-

go que a la hora del velón encendido contaba fábulas y hablaba de caballerías. Y al leer lo que el de Tordesillas le increpa, su corazón primoroso se ensanchaba y a menudo llamaba, lo doy por jurado, a la apática mujer del poeta, a la despavorida y devota doña Catalina, para afilar con la risilla paradisíaca y levantar con el índice predicador la intención de los pasajes más aviesos. ¿Para qué? Para que doña Catalina supiera lo poco afortunada que había sido al escoger tal cónyuge, que apenas era una visita bajo el techo que cubría el tálamo desierto. Sabiéndolo y leyéndolo en tomos de licenciados, cedió doña Catalina a las instancias fraternales y dejó en el testamento, a favor del canónigo, lo que correspondía al pobre coplero.

XI

HAY un tercero "Quijote" el "Quijote" de D. Juan Montalvo, el gran hombre y el gran escritor de la "Geometría Moral". No puede haber un "Quijote" después del "Quijote", como no puede haber una "Iliada" después de la "Iliada". Pero, lo que es en

el avinagrado autor de Tordesillas actitud de envidia e inferioridad de comprensión, es en el americano insigne generosidad de espíritu y claridad de inteligencia. Las páginas de su "Buscapiés", sabiamente castizas, ingenuamente cervantescas, constituyen un monumento de estas nuevas tierras del idioma español al máximo creador de la lengua. Montalvo amaba a "Don Quijote". Lo ha amado y lo ha vivido. ¡Oh noble desfacedor de entuertos, oh recio caballero de lides numerosas, vencedor en la fuerte y bella palabra! Un obscuro hombre de tu América, se inclina ante tu sombra.

XII

HE incurrido a veces en alusiones despectivas a una de las obras menos leídas de Cervantes: "Los trabajos de Persiles y Sigismunda". Consideraba en otro tiempo esa novela como un esfuerzo de mérito exclusivamente literario, desprovisto de la espontaneidad que es la característica de Cervantes. Caí en la cuenta después de que al juzgarla de

este modo formulaba a mi vez un juicio de literato. Volví a leer los capítulos de "Persiles y Sigismunda", bajo la sugestión de una inteligencia delicada.

Y así he llegado a la opinión expuesta en el comentario que publiqué más tarde sobre la novela y que incluyo en etsa edición.

XIII

ESTE pequeño librito, esta mínima agenda, no es fruto de erudición ni presume de sabiduría. No lo ignora el que ha llegado hasta estas líneas del deseable final. Es el cuadernillo de un obrero de espesas faenas, que anota al margen, en las horas hurtadas al cansancio y en los momentos en que se lo permite su apresurado e inseguro vivir, lo que le sugiere el héroe que ama. Si hasta aquí te atreviste, lector bondadoso, te habrás hecho, como yo mismo, la cuenta de los defectos y la suma de los descuidos. Pero no habrás dejado de sonreir con afecto al verme a cada instante conmovido y dispuesto a conmoverme. Y en este hondo amor encontraste lo mejor de tu propia alma. Si

tal cosa ha sucedido, doy por milagrosamente empleado el tiempo substraído al sueño y al quehacer que me trae el trozo de pan de cada día: pan exiguo que te ofrezco a compartir con la alegría del buen pobre.

INDICE

	Pág.
De lo que tratan estas páginas	7
Nuestro señor Don Quijote. (Conferencia leída el 23 de abril de 1913)	13
Perfiles Cervantinos	
El viejo amigo	55
La Gitanilla	61
Luscinda	67
Zoraida	71
La Galatea	75
Don Quijote y Sancho Panza . . .	81
Dulcinea del Toboso	87
El ama, la sobrina, el cura y el barbero	91
La quimera	95
La realidad	99
El caballero burlado	103
Las bodas de Camacho	107
Las razones de rocinante	111
La santa palabra	117
Señor de la piedad	123
La dulce desconocida	133
Persiles y Segismunda	139
Epílogo	153
Acotaciones	157

CAPDEVILA A. — El Libro de la Noche (2.ª edición) $ 2.50
CAPDEVILA A. — La Fiesta del Mundo (3.ª edición) „ 2.50
CAPDEVILA A. — El tiempo que se fué (1.ª edición) „ 2.50

DERECHO:

CAPDEVILA A. — Dharma (Influencia del Oriente en el Derecho de Roma „

EXEGESIS

CAPDEVILA A. — El Cantar de los Cantares (2.ª edición) „ 2.50

TEATRO:

CAPDEVILA A. — La Sulamita (7.ª edi.) „ 2.50
CAPDEVILA A. — El Amor de Schaharazada „ 2.50
CAPDEVILA A. — La Casa de los Fantasmas „ 2.50

ENSAYOS:

CAPDEVILA A. — La Dulce Patria . . . . „ 2.50
CAPDEVILA A. — Del Libre Albedrío (Ensayos) (2.º millar) „ 2.50
CAPDEVILA A. — Córdoba del Recuerdo (2.º millar) „ 2.50
CAPDEVILA A. — Los Paraísos Prometidos (2.º millar) „ 2.50
CAPDEVILA A. — América (Nuestras Naciones ante los Estados Unidos) (acaba de aparecer) „ 2.50

HISTORIA:

CAPDEVILA A. — Las Vísperas de Caseros (2.º millar) „ 2.50
CAPDEVILA A. — Los Hijos del Sol . . „

CUENTOS:

CAPDEVILA A. — La Ciudad de los Sueños „ 2.50

VIAJES:

CAPDEVILA A. — Tierras Nobles (Viajes por España y Portugal (1.ª edición) „ 2.50

CARRASCO GERMAN. — Rima de inquietud	$	1.50
CICHERO FELIX ESTEBAN. — La vida en cuentos	,,	2.—
CICHERO F. E. — Los Zánganos	,,	2.—
CALLE JORGE. — El pasajero sugerente .	,,	2.50
CORTINA ARAVENA. — Nocturnos y otros poemas	,,	2.—
CORREA LUNA CARLOS. — Alvear y la diplomacia de 1824-25	,,	2.—
DUBNOW. — Historia contemporánea del pueblo judío	,,	5.—
EICHELBAUM. — Un hogar	,,	1.20
EICHELBAUM. — Un monstruo en libertad	,,	2.50
ESPAÑA JOSE DE. — La mujer de Shanghai	,,	2.—
ESPAÑA JOSE DE.— Psicología de Rosas .	,,	2.—
FABRI LUIS. — Dictadura y revolución . .	,,	2.—
FIJMAN J. — Molino rojo	,,	2.—
FINGERMAN G. — Estudios de psicología y estética	,,	2.50
FRANCO LUIS L. — Coplas de Pueblo . .	$	2.—
GOLDSCHMITH. — Moscú (viaje por la Rusia soviética)	,,	2.—
GOLDSCHMITH. — En tela	,,	3.—
GOMEZ IBAÑEZ EDUARDO. — Cantos salvajes	,,	2.—
GONZALEZ TUÑON R. — El violín del Diablo	,,	2.—
GONZALEZ TUÑON E. — Tangos	,,	1.50
GIMENEZ PASTOR. — Velada de cuentos	,,	2.50
GARCIA VELLOSO E. — Piedras preciosas	,,	3.—
GOUCHON CANE E. — Los héroes del amor	,,	2.—
GRUNBERG CARLOS M. — El libro del tiempo	,,	2.—
GUTIERREZ RICARDO. — La flecha en el vacío	,,	2.50
GERCHUNOFF ALBERTO. — La Asamblea de la Bohardilla	,,	2.50
GERCHUNOFF A. — La Jofaina maravillosa	,,	2.50
GERCHUNOFF A. — El hombre que habló en la Sorbona	,,	2.50
GERCHUNOFF A. — Historias y proezas del amor	,,,	2.50
GERCHUNOFF A. — Pequeñas prosas . .	,,	5.—

Rayito de sol	$	2.50
Tomo III: La fiesta del hombre. Los Colombini. El viaje de D. Eulalio	,,	2.50
Tomo IV: Los soñadores. El malón blanco. No matarás	,,	2.50
Tomo V: Cuervos rubios. Mate dulce. Notas teatrales	,,	2.50
Tomo VI: La mala sombra. El derrumbe. Nuevo Mundo	,,	2.50
MORENO ISMAEL. — La Huerta	,,	3.—
MORENO I. — El matadero	,,	2.—
MOSQUERA KELLY F. — Del Plata al Illimane	,,	2.50
MENDEZ CALDEIRA MARIA ANGELICA. — Gracia y Castalia	,,	2.50
MERCANTE VICTOR. — Charlas pedagógicas	,,	3.—
MORALES DELIO. — Raymundo Nansen, el atormentado	,,	2.—
MORALES D. — La confesión de Lander Pausarac	,,	2.—
MEDINA ONRUBIA S. — Akasha (novela)	,,	2.—
MEDINA ONRUBIA S. — El vaso intacto . .	,,	2.—
NOGUEIRA MANUEL N. — Los excluídos del amor	,,	2.50
OLASCOAGA LAURENTINO. — Geografía Economía Argentina	,,	6.—
OLASCOAGA L. — Sociología Comparada .	,,	5.—
OLASCOAGA L. — La Leyenda del Castillo de Skokloster (Suecia)	,,	2.50
OLIVERA LAVIE HECTOR. — Una tragedia	,,	2.50
OLIVAN SANTIAGO C. — Las visiones del rondín (cuentos)	,,	2.—
OLIVARI NICOLAS. — La musa de la mala pata	,,	1.—
PAGANO JOSE LEON. — El hombre que volvió a la vida	,,	2.50
PEYRET MARCELO. — Alta Gracia . . .	$	2.50
PEYRET M. — Mientras las horas pasan (cuentos de amor)	,,	2.—
PASCARELDA LUIS. — Horas matinales (páginas de un escolar)	,,	1.50
PALCOS ALBERTO. — El genio (segunda edición)	,,	3.—

PALCOS A. — La Vida Emotiva	$	2.50
PALACIOS ALFREDO L. — Universidad Nueva	,,	5.—
PERETZ. — Adán y Eva. Trad. Resnik . .	,,	2.50
QUESADA JOSUE. — Idolos que pasan . .	,,	1.50
RAWSON MANUEL. — Emilio Mitre . . .	,,	2.50
ROLLAND ROMAIN. — Clerambault (segunda edición)	,,	2.—
ROJAS PAZ. — La metáfora y el mundo .	,,	2.—
RENAN ERNEST. — Patricio (enc.) . . .	,,	2.—
RIPAMONTE CARLOS P. — Janus	,,	2.50
RUIBAL SALABERRY Dr. — Higiene Pública. Ingeniería sanitaria	,,	6.—
RINALDINI JULIO. — Críticas extemporáneas	,,	2.—
SCALABRINI ORTIZ RAUL. — La manga .	,,	2.50
SCHIAFINO EDUARDO. — Recodos en el sendero	,,	2.50
SARAVIA LINARES CLARA. — Lirios de otoño	,,	2.50
SAENZ HAYES RICARDO. — La polémica de Alberdi con Sarmiento	,,	2.50
SAENZ HAYES R. — Los Amigos Dilectos	,,	2.50
SARMIENTO DOMINGO F. — Vida de Dominguito	,,	2.—
SOTO Y CALVO F. — Los poetas maullantinos en el arca de Noé	,,	2.—
STORNI Y PEREZ FRANCO. — En la sierra de los Cóndores	,,	10.—
TORRE PEÑA JORGE DE LA. — Plata bruna	,,	2.—
VEDIA JOAQUIN DE. — Cómo los vi yo .	,,	2.50


M:GLEIZER